



XVI CERTAMEN
DE RELATOS
EL MUNDO ESFÉRICO

IES NICOLÁS COPÉRNICO
ÉCIA

**XVI CERTAMEN
DE RELATOS**

EL MUNDO ESFÉRICO



I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO
ÉCIJA, 2019

Primera edición: mayo 2020

© de los relatos y de la presentación: los autores

Maquetación, diseño y edición: Juan Jesús Aguilar Osuna

Diseño de cubierta: *Rocas de sal*

© Kristel Rodríguez Egado

Edita: I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO — ÉCIJA

I.S.B.N.: 978-84-09-19422-3

Depósito Legal: SE 659-2020



(De izquierda a derecha:) Miriam García Montero, Aida Fernández Rot, Valle Sánchez Martínez, David Cejudo Sánchez, Pedro Aguilera Sánchez, Lorena del Carmen Requena Ponce, Raquel García Castro, Celia Baena Mateo, Alday Aguilár García, Juan Jesús Aguilár Osuna, Garoé Aguilár García, Juan Luis Rincón Ares, Ernesto Tubía Landeñas, Tomás Gutiérrez Buenestado e Inmaculada García Barrera.



Juan Jesús Aguilar, Ernesto Tubía, Juan Luis Rincón y Tomás Gutiérrez

PRESENTACIÓN

ROCAS DE SAL

TE DOY LA BIENVENIDA, UN AÑO MÁS, AL *CERTAMEN DE RELATOS «El Mundo Esférico»*, momento que aprovecho para hablarte de algo tan valioso para nuestros antepasados como lo fue la sal.

No, no desvarío. Me dispongo a hablarte de la sal y, al mismo tiempo, de la escritura.

A la hora de componer cada presentación, aprovecho la visión personal que de Stonehenge hace un artista para la cubierta del libro. En esta ocasión, nuestra compañera Kristel Rodríguez ha propiciado esta alusión a la sal, elemento empleado en la composición tan original que nos ofrece.

Muy pronto entendieron nuestros ancestros la utilidad y trascendencia de la única roca comestible por el ser humano. Aquellos cristales blanquecinos que el agua del mar o de las lagunas salobres dejaba tras de sí una vez evaporada sirvió tanto para conservar como para añadir sabor a los alimentos. También descubrieron que bajo el suelo que pisaban había verdaderas minas de esta roca preciada.

Tan importante fue la sal que se conocen rutas para su transporte por el mundo entero y se sabe que fue un elemento imprescindible en las transacciones económicas y, ¿cómo no?, en el sueldo o *salario* de muchos trabajadores. La sal sirvió como preservante, para salazones, ayudó a que las momias desafiaran el paso de los siglos y fue objeto de ofrenda a los dioses.

Por ello, el ser humano ideó procesos para su obtención a mayor escala, labores pacientes que terminaban dando su fruto.

¿Acaso nuestros escritores de *El Mundo Esférico* no procuran la esencia salina de sus textos del mismo modo?

Todo escritor ha de aguardar a que sedimenten las aguas turbulentas en que bullen las ideas, los miedos y las sinrazones, las añoranzas, las convicciones, los sueños, todo ello entreverado con personajes por definir, localizaciones inciertas y mundos apenas adumbrados. El escritor ha de trabajar hasta que ese maremágnum que enturbia su cabeza cristalice en un poso sobre el que cimentar sus historias, la misma base salina que preservará sus palabras y cuanto contienen, hechas líneas sobre un papel que otros leerán incluso siglos después.

Si alguna vez te has enfrentado al bello y gratificante reto de la escritura sabrás que también son frecuentes las incursiones en las oscuras galerías de la mente, alumbrado por el único candil de la intuición ilusionada en dar con las rocas que mayor solidez proporcionen a nuestras historias. Esas rocas, igualmente, saben a sal.

En esta edición, nuestros desalinizadores y mineros de historias han desecado o extraído diez relatos para hacértelos llegar. La temática, como podrás comprobar, es de los más variada.

En la modalidad internacional de adulto, Juan Luis Rincón Ares (La Línea de la Concepción, Cádiz) nos ofrece «¿Vulevú...?», mientras que Ernesto Tubía Landeras (La Rioja) cuenta «El último caso del Inspector Solozábal». Los dos nos acompañaron —Ernesto por segundo año consecutivo— en la entrega de premios y mantuvimos con ellos una amena velada literaria, muy provechosa para nuestro alumnado y el resto de asistentes al acto.

Como puente entre estos dos primeros relatos y los escritos por los más jóvenes, podrás leer «Tov V'ra», un montículo de sal extraído de mis propias salinas.

En la modalidad de alumno, 1º y 2º E.S.O., encontrarás «Por nuestro bien», de David Cejudo Sánchez, y «Una nueva era», de Lorena del Carmen Requena Ponce.

Las historias escritas por el alumnado de 3º y 4º E.S.O. son «Humanas», que tiene como autora a Aida Fernández Rot, «Entre la arena y el mar», obra de Pedro Aguilera Sánchez, y «Paula», de Valle Sánchez Martínez.

Finalmente, la modalidad de Bachillerato concluye con «Gélida», relato de Celia Baena Mateo, y «Solo», escrito por Raquel García Castro.

No lo dudes, ponte manos a la obra. Ahora eres tú quien se dispone a saborear los salazones que nuestros escritores, con paciencia y gran oficio, han preparado para ti.

La sal: esa roca que cambió nuestra manera de conservar, gestionar y entender el mundo.

La escritura: esa labor o afición que preserva nuestras ideas, pensamientos y fantasías, una vez destilado el borboteo creativo alojado en nuestro cerebro y replicado en cada terminación nerviosa de nuestro cuerpo. También proporciona sabor a nuestras vidas y nos ayuda a entender la realidad que habitamos, así como aquellas que, aún siendo inventadas, ¿quién sabe?, alguna vez podríamos llegar a transitar.

Nosotros —escritores, mineros, desalinizadores— hemos hecho gran parte del trabajo. Ahora has de culminarlo tú, degustando y dando vida a las historias de la XVI edición del *Certamen de relatos «El Mundo Esférico»*.

JUAN JESÚS AGUILAR OSUNA

AGRADECIMIENTOS

A los compañeros y amigos que me acompañaron en el jurado de esta XVI edición: Inmaculada García, Míriam García, Carmen Barrios, Consuelo de la Rosa y Tomás Gutiérrez.

A la Asociación de Madres y Padres «Ronda de las Huertas» del I.E.S. Nicolás Copérnico. Cada año reconocen la trascendencia de esta aventura dentro de nuestra comunidad educativa y contribuyen a solventar parte de los escollos económicos.

A Kristel Rodríguez Egido, compañera de Educación Pláctica y Visual, artífice de la cubierta de este volumen. Gracias por tu original visión de Stonehenge y por la inspiración ofrecida con la sal.

A Garoé Aguilar, por abrir y dar asiento a todos los sobres de relatos desde que existe la modalidad internacional de adulto.

A Aday Aguilar, por mejorar la cubierta de este libro y el cartel anunciador de las bases con su dominio en las artes gráficas.

A Tomás Gutiérrez, por revisar las galeradas de este libro, a fin de evitar indeseables erratas.

A Beatriz Flores, gracias por regalar desde hace años las estancias de nuestros ganadores de la Modalidad Internacional en «La Casa en el Centro», su encantadora hospedería ecijana del s. XVIII.

A David Serrano, por regalarnos los diplomas que entregamos a nuestros ganadores, la cartelería con que anunciamos el certamen y los marcapáginas que acompañan a este libro.

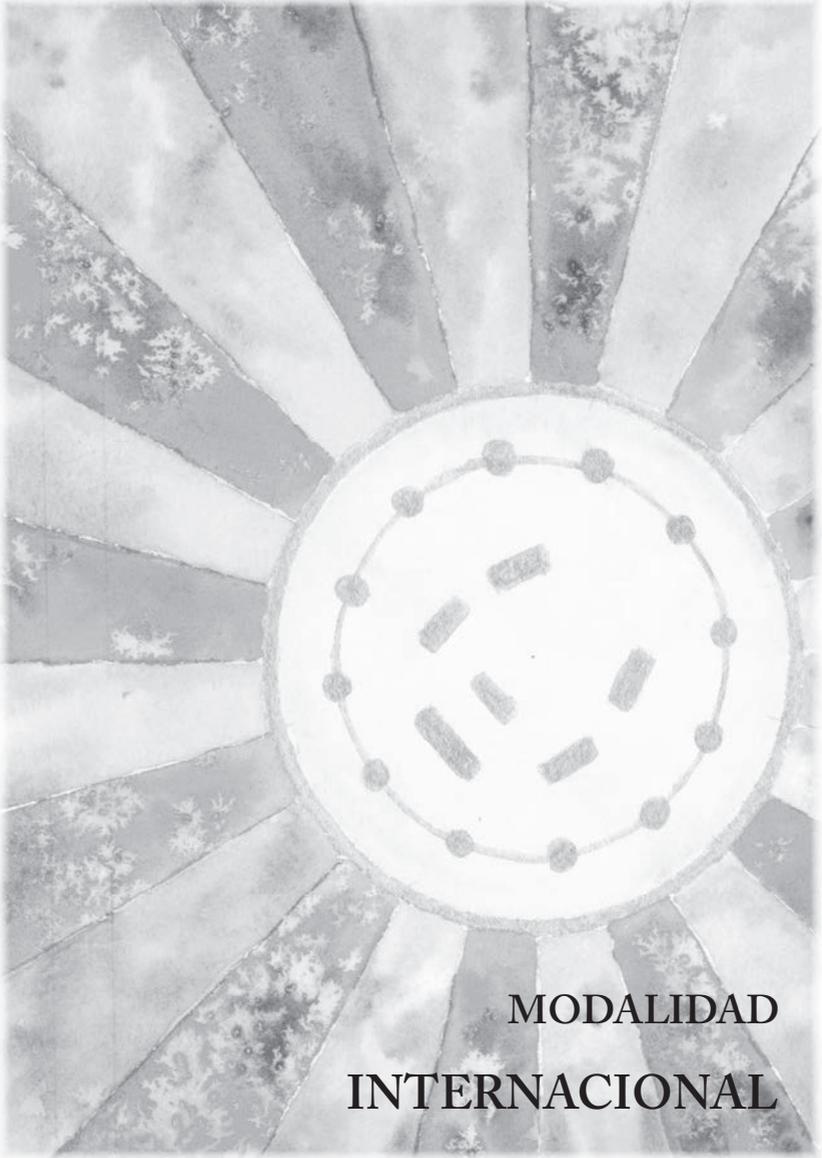
A Fernando Ramírez, porque tras su jubilación lo vamos a echar de menos en un certamen donde deja honda huella.

A Mariló Olmo y Juana Gallardo, por la atención que tienen hacia *El Mundo Esférico*.

A Ramón de Soto, por captar los momentos de nuestros premios con su cámara.

A aquellos compañeros del I.E.S. Nicolás Copérnico y de otros centros que aprecian el esfuerzo y la dedicación con que sacamos adelante este certamen.

Y gracias, siempre gracias, al alumnado de nuestros institutos, así como a los escritores de la Modalidad Internacional. Vuestra capacidad y voluntad para extraer historias de tantas minas hacen que el «Certamen de relatos *El Mundo Esférico*» pueda existir.



**MODALIDAD
INTERNACIONAL**



¿VULEVÚ...?

PRIMER PREMIO

JUAN LUIS RINCÓN ARES

EL PUERTO DE SANTA MARÍA
(CÁDIZ)



Juan Luis Rincón Ares nació en El Puerto de Santa María en 1958. Vive en la misma ciudad, donde trabajó treinta y cinco años como maestro en el CEPER «La Arboleda Perdida», hasta su jubilación en febrero de 2019. Escribe con regularidad desde hace veinte años. Ha compuesto comparsas y chirigotas que participaron en el Carnaval de Cádiz entre los años 1990 y 2003. Ha sido colaborador de medios de comunicación como columnista en *Diario de Cádiz* y *Radio Puerto FM*, entre otros.

Ha publicado con la Editorial *El Boletín* los libros, *Cardito de Puchero. Historias de la Educación de Adultos en Andalucía* (2008) y *Cardit@ de Pucher@. Cuando cambiamos el punto y la coma por el punto.com* (2014), *Las que llevan el mar sobre sus cabezas y otros cuentos morados* (2015) y *El..., el..., el amor, ¡eso es! Relatos y cartas escogidas* (2017). En abril de 2019 vio la luz *Cardito de Puchero. La Pringá*. La saga de los tres *carditos* es una crónica «arrelatada» de sus vivencias como educador de personas adultas.

También tiene publicados otros relatos en antologías varias. Además, ha obtenido los premios literarios de «Cartas de Amor»

de Almuñécar, Roquetas, Aller, Calafell y San Juan del Puerto; el premio de relatos «Café y Compás» de Valladolid, «Dulcinea» de Barcelona, «Cerdá y Rico» de Cabra de Santo Cristo, «Carta a un maltratador», de Madrid, «Frasquita Larrea» de Chiclana y «Txantrea Auxolan» de Pamplona, entre otros.

*La gente sonríe cuando ve que pasamos,
Y que gritamos:
¡Viva la vida y arriba el amor!
(Aire de Fiesta, Karina)*

NO TENÍAN NI PUÑETERA IDEA DE DÓNDE ESTABA FRANCIA NI Bélgica, ni sabían si lo que chamullaban las gachís que tenían enfrente era finés o noruego, pero lo que sí sabían era que les bastaría un golpe de suerte o una sonrisa bien *echá* para que la propina que le soltara la guiri significara más que el jornal de una semana o un mes en la obra de la nueva carretera a Jerez, la que había cortado por la mitad a base de pico y pala la Cuesta del Chorizo, más allá de donde pensaban colocar ese toro gigante de Osborne.

Lo que sí sabían el Garbancito, el Bobi, el Zacaluga o el Paquito Jarana era que nunca arrastrarían en sus vidas las suficientes cajas de pescado como para pagar el almuerzo al que, si todo iba como debía ir, les invitaría la mujer hacia la que se dirigían fingiendo una seguridad en sí mismos que para nada tenían. Sobre todo al principio, pensaba el Boby, cuando empezaron a menudear las francesas —porque para ellos francesas eran todas— por la playa del Cangrejo Rojo, y algunos chicos de mi barrio, hombres ya en mi visión infantil, desertaron del palaustre o del gancho de arrastrar cajas de pescado o barras de hielo, para hacer cada mañana de verano varios kilómetros en bicicleta hasta las playas más alejadas, donde se habían instalado los primeros hoteles para turistas. Allí se empezaban a ver carnes. Así llamaban ellos, y casi todo el mundo en El Puerto, al recién importado *topless* que hacían las primeras turistas europeas.

Aunque el oficio que habían elegido, ligón de playa, era solitario, se desplazaban en grupo hasta las más lejanas orillas siguiendo la antigua carretera que llegaba a Rota o perdiéndose por el Camino de Mazanttini, como lo llamó Rafael Alberti, con la maestría y el saber de una infancia de arrasar lindes y frutales, por una red de polvorientas veredas que unían las huertas que había entre la Plaza de Toros y el Colegio de los Jesuitas donde acababa la civilización, atravesaban la barriada del 18 de julio con sus casitas blancas bajitas y sus patios pobres poblados de geranios y trompetas para llegar hasta los arenales más apartados casi en la linde con Rota.

Una vez en la playa, dejaban las bicicletas a la sombra, escondidas entre las retamas que coronaban los taludes todavía vírgenes y empezaban desde allí a elegir a las víctimas con el turno y la preferencia con que los ordenaba la veteranía. Los aprendices ya maduros, prestos a debutar, respetaban el turno y el consejo de los más veteranos y, poco a poco, unos y otros iban bajando a la playa como salen los asistentes de una reunión clandestina, con intervalos de tiempo acordados y rutas diferentes. La ropa de vestir quedaba también en la guardería de los camaleones o, en algunos casos, encomendada a un aprendiz que todavía estaba verde y que miraba desde arriba con atención sin tener aún ni la soltura ni el permiso para bajar a la playa a ganarse la vida.

Y allí iba el ligón de playa de El Puerto, sin saber siquiera que años después alguien de apellido Esteso reflejaría andanzas similares a las suyas para el cine con más elementos de comicidad que los que tenía su figura: un andar balanceante que para sí habría querido el mismo John Wayne, un bañador slip blanco impoluto que marcaba paquetón real o exagerado, y unas gafas de sol que podían haber servido para hacerse señales de morse en la distancia; a eso se le sumaba un bronceado perfecto de mil horas de playa y, por todo equipaje, una toalla que algún día fue blanca con el logo del Cuartel de Instrucción de Marina N°3 de San Fernando, un paquete de Bisonte sin filtro y una caja de cerillos con la foto de Kubala o de Di Estefano en la parte de arriba.

El Bobi no sabía nadar y nunca se había metido fuerapié, pero eso casi nadie lo sabía. Siempre buscó la manera de escaquearse de situaciones que le hubieran llevado al agua. Conocer su impericia

hubiera sido motivo de cachondeo entre la gente de su barrio, pues allí, en Crivillé, un niño no se hacía hombre hasta que cruzaba el *caná*, el río Guadalete, se bañaba en Valdelagrana y volvía a nado a la escollera de La Puntilla, o hasta que se ahogaba intentándolo, que también pasó alguna vez.

Pero es más, al Bobi no le gustaba el agua y solo alguna vez se había metido hasta las rodillas para buscar coquinas en el fango de los canales del río San Pedro o recoger los mansos burgaíllos aprovechando las mareas bajas de La Puntilla. Por eso se sabía fuerte en la arena pero fingía dormirse sobre la toalla cuando la Brigitte se dirigía al agua. Su fuerte era el diálogo sobre las toallas y aunque no tenía ni idea de inglés ni de francés —«... *el español lo hablo poco y mal...*», respondía cuando le preguntaban «¿*Yuspiquinglis?*» o «¿*Vuparlefrangsé?*»—, se las ingeniaba para ofrecer o más bien pedir tabaco, que no estaba el presupuesto para andar convidando todo el día a fumar a las gachís. Y así, poco a poco, se las ingeniaba para ir pegando hebra y, a golpe de sonrisa, ir acercando la toalla o su propio culo sin que la guiri escogida, la que él había elegido en tercer lugar detrás del Zacaluga y el Jarana, la que había bajado sola a la playa, huyera despavorida a las primeras de cambio.

Sabía decir «*¡Qué bikini tan bonito!*» señalando, sin tocar, con un dedo amarillo de nicotina, el bañador de la Brigitte y haciendo el gesto de besar la punta de los dedos y mover arriba y abajo la cabeza. También sabía decir «*¡Qué frío!*», agitando todo el cuerpo cuando ella corría desafiando al Poniente traicionero desde la orilla hasta la toalla salvadora, la de ella, por supuesto, porque la de él era pequeñita y estaba espantosamente sucia por el lado que besaba la arena, que él mismo sacudía, se atrevía a ofrecerle, sin tocar, y hasta a ponerle por los hombros. Sabía, por último, preguntar el nombre de la víctima siguiendo la táctica de Tarzán, señalándose con el mismo dedo arrugado y amarillo su propio y peludo pecho y diciendo: «*Yó, Bob*», y luego, tras una pausa dramática que clavaba sin que nadie le hubiera enseñado a hacer, añadía volviendo el índice hacia la interfecta, mirándola a los ojos como si pudiera verle el alma y como si masticara las palabras, levantando la voz: «¿*Có-mo-te-lla-ma-tú?*».

Hoy, en los tiempos del *Google Traductor* y de generaciones de niños y niñas viajando por toda Europa a golpe de Erasmus, se nos

hace un poco difícil entender cómo el Bobi conseguía echar todo el día en la playa con la Brigitte sin idea de francés ni de inglés, pero contándole cosas de El Puerto, de su familia y del mar, en su mayor parte inventadas, pero así era. La hacía reír, le cantaba, le ponía crema si se terciaba, ahí sí que la iba tocando un poquito y, pasito a pasito, le iba entrando por los ojos y por algún sitio más.

La mayoría de las veces cuando se acercaba el mediodía, la Brigitte se excusaba por señas porque subía al hotel a almorzar. Si la estrategia aún no había cuajado y ella no hacía ni el intento de invitarlo a subir, el Bobi le prometía, por señas, por supuesto, que él seguiría esperándola allí abajo, al sol, por la tarde.

Y así era. Siempre. Un trabajo es un trabajo. Con las tripas tirándole bocados, con más hambre que *el que se perdió en la isla*, el Bobi aguantaba a pie de playa, o todo lo más se daba un paseo por donde estaban el Paquito o el Zacaluga, para ver desde la distancia cómo les iba o si era posible pedirles tabaco, pero si los veía en faena ni se acercaba. Eran las normas «entre caballeros» que no se atreverían a romper nunca. Si no los veía en la arena podía suponer que ya habían subido con la gachí correspondiente y la sensación era contradictoria: se alegraba del triunfo pero se cagaba en su propia inutilidad o en los remilgos de la Brigitte que le había tocado o él había elegido. También podía acercarse donde estaban las bicicletas, a ver si alguien había dejado una botella de agua, pero eso era arriesgarse a que en el ínterin bajaría la Brigitte y no lo viera allí esperando como el amante fiel que ella debía imaginarse que era él. Así que, pese al hambre y la sed, casi siempre el Bobi hacía como que se dormía sobre la toalla o se dormía de verdad.

La mayoría de las veces pasaba que la Brigitte no volvía y, horas más tarde, desde arriba le hacían señas los demás para que se volviera con ellos, todos mosqueados y con los bolsillos vacíos. Venían dos o tres en la misma bicicleta y tenían que aprovechar el viaje de vuelta.

Alguna vez la Brigitte o como se llamara la de aquel día, volvía a bajar pero con otra amiga o en un grupo y el Bobi, que no sabía montárselo bien entre tanta gente, movía la toalla y se volvía a poner en las cercanías esperando que ella diera el paso de volver a acercarse, cosa que casi siempre ocurría. Entonces el Bobi pasaba a

ser el centro de las atenciones del grupo, el juguetito de las gachís, pero él sabía por experiencia que aunque esa tarde fumaría de gorra y tal vez se bebiera una cocacola o le pasaran algún sándwich de mantequilla —¡por dios!—, aunque entre juegos daría algún beso descarriado, al final por la noche se tendría que volver andando para Crivillé. No daban para mucho juego esos grupitos escandalosos pero cicateros.

Si la Brigitte bajaba con el marido, como una vez le había pasado, el Bobi, que no quería líos, se alejaba y se iba a donde las bicicletas a esperar a los otros. «*Ya está to el pescao vendío*», maldeciría su suerte. Sobre todo desde aquella vez el verano anterior en que el marido de la Brigitte de turno parecía tener las manos más largas que ella y el Bobi le había tenido que cortar el acercamiento de un guantazo. A él no le iban los tíos y menos si la tercera no era una mujer, sino un gabacho viejo y fondón. Estuvo toda la semana sin volver por el Cangrejo Rojo, por miedo a que el franchute hubiera dado parte a la Guardia Civil. No pasó nada.

Pero si la Brigitte volvía pronto sola y buscaba la cercanía del Bobi, este ya sabía que, usando un símil de la pesca con tanza que decimos por aquí o con hilo que dicen los más delicados, la boyita de la punta, el corcho se estaba moviendo en la superficie del mar y que la lisa o la corvina ya se habían comido la gusana del anzuelo. Ya solo había que dejarle cuerda y tirar en el momento justo; bueno, y decirle al puñetero niño de las bicicletas, que se asomaba cada dos por tres dándole silbidos y algún grito de desesperación, que dejara de *dar por culo* y se fuera para casa. El Bobi sólo debía esperar ese momento mágico en que el sol se pondría más allá de Rota y una brisa fresca erizaría la piel de Brigitte para jugárselo todo a una carta y decirle al oído: «*Vuleví-tú-que-ré-a-sé-la-mor-con-mua-es-ta-no-che*», como quien se lo estuviera cantando.

A esas alturas del día o de la tarde, ya la Brigitte sabía tanto castellano como francés entendía el Bobi y, entonces, si era que sí, que no era siempre, se iban caminando juntitos, ahora sí que la tocaba, para el Hotel Playa Andalucía donde ya conocían a El Bobi y sabían que era todo lo de fiar que podía ser un ligón de playa, pero que nunca habían faltado ni una toalla ni un cenicero cuando le habían dejado acompañar a una de las huéspedes. Además, si la Brigitte había entendido

la sugerencia del Bobi y dejaba discreta una propinilla encima del mostrador al pedir la llave, el asunto estaba hecho.

Para el Bobi, pasada la recepción del hotel, volvían a abrirse las puertas del paraíso y sabía que tenía por delante, como mínimo, una noche con cena y desayuno y todas las copas y el tabaco que quisiera. El sexo también, también lo habría, pero se había dado cuenta de que pasadas las primeras veces, «*el dale que te pego*» no siempre era todo lo bueno que el Bobi se esperaba, aunque si jugaba bien sus cartas podría permanecer el resto de la estancia de la franchute. Ya le había pasado otra vez y fue una semana mágica, si bien tuvo que aguantar a la Brigitte de turno borracha la mitad del tiempo y las cosas que se le ocurrían en la cama a la gachí cuando no estaba borracha o en proceso le levantaban a veces el estómago. Pero «*más cornás da el hambre*», decían los toreros de la época y se decía el Bobi antes de *bajarse al pilón* para acabar una faena que se alargaba y alargaba.

El Bobi nunca olvidó aquellos cinco días de agosto de 1966 en los que la primera Brigitte lo llevó consigo al hotel. Comió, bebió y folló para dos veranos por lo menos y la Brigitte, que tenía dinero para alicatar el campo de fútbol del Racing, le compró ropa y calzado en SIMAGO, llevándolo hasta allí en taxi, e incluso lo colaba en los saraos de «El Candil Verde», la sala de fiestas privada del hotel. Así siete días.

El último día, la Brigitte ya se iba por la mañana, bailando a lo lento. Mientras ella le metía la lengua hasta la campanilla y la mano por la bragueta, mientras Los Radars, el grupo más moderno y famoso de El Puerto, interpretaban en directo su peculiar versión de *No tengo edad*, de Gigliola Cinquetti, el Bobi le propuso a la Brigitte que se lo llevará de allí, por favor, que lo metiera en su maleta y lo sacará de ese mundo de palaustres y ganchos que no le daban ni para mal comer; que lo librara para siempre de tantas mujeres vestidas de negro, de tantas chicas que no querían ni bailar ni saber de él porque era un chulo, y de tantísimos guardias civiles prepotentes que soltaban primero el vergajo, la patada o el puñetazo y luego la pregunta. La explosiva carcajada de la Brigitte cuando, a la quinta vez, entendió la propuesta del Bobi paralizó la fiesta; las risas saltaron de un corrillo a otro cuando, con los ojos como platos, la

francesa borracha repetía la propuesta del Bobi a sus amigas y estas la retransmitieron en mil idiomas a todos los asistentes.

Si el Bobi hubiera visto *Carrie*, si a él le hubiera gustado alguna vez el cine y la película se hubiera estrenado diez años antes, se habría identificado con la protagonista y quizás, en un arranque de furia e ira por la humillación sufrida, hubiera acabado con los asistentes, que seguían riendo y señalándole con el dedo, en una ola de violencia sangrienta.

Pero el Bobi, ya lo hemos dicho, no iba al cine y además era de natural tranquilo. Viendo que la Brigitte ya no había vuelto a acercarse, que lo miraba como a un apestado y que todos los demás se apartaban de él, apuró su cuarto cubalibre y se dirigió hacia la puerta. Los Radars entonaban un pegadizo tema que habían estrenado ese verano, *¡Viva el amor!*, y que sacaban cada noche dos o tres veces; el Bobi, que tenía oído musical y ya se lo sabía, se fue caminando entre huertas, silbando su melodía.

Sabía que, a pesar de llevar los bolsillos vacíos, apenas le quedaban un par de bisontes del antiguo paquete y tres cerillas, iba vestido de punta en blanco y que, tras una semana de ausencia, los corrillos estarían magnificando su hazaña y sería recibido en la plazoleta como un héroe. Subiría uno o quizás dos puestos en el escalafón. La mirada de envidia de los veteranos, el Zacaluga o Paquito Jarana, y la admiración de los aprendices le acompañarían hasta que septiembre se llevara por un año más a las turistas. Sería el protagonista del resto de las noches del verano y le invitarían en el Gazpacho y en la Casetilla del *Carrurra* a cambio de escuchar sus aventuras.

Tampoco tenía por qué contar el epílogo y confiaba en que los hermanos Utrera, los Radars, que habían presenciado el indigno episodio final, supieran guardar silencio.

«*Lo que pasa en El Candil se queda en El Candil*», le susurraría Miguel, el vocalista, cuando se los tropezó en la siguiente Velada de los Milagros y le prometieron dedicarle el próximo tema después del descanso, *Viva el amor*. El Bobi los había abrazado antes de subir al escenario mientras una lágrima se asomaba a sus ojos. Los músicos festeros y los ligones de playa solo tenían una palabra, la de honor.



EL ÚLTIMO CASO DEL INSPECTOR SOLOZÁBAL

SEGUNDO PREMIO

ERNESTO TUBÍA LANDERAS

HARO (LA RIOJA)



Nace en 1975 y en la actualidad trabaja como Técnico de Laboratorio. Lector desde su infancia, hace poco más de diez años comenzó a escribir relatos cortos que envió a diferentes concursos. Esta actividad le ha llevado a ganar más de doscientos premios literarios. Entre ellos se podrían destacar: «Villa de Iniesta», «Villa de Mendavia», «Esteban Manuel de Villegas» de Nájera en los años 2007 y 2012, «Letras Riojanas», «Manuel Bretón de los Herreros» de Quel 2010, 2012, 2013, 2017 y 2018, El certamen de la Sociedad Cántabra de Escritores, el «San Esteban de Gormaz», el «Villa de Moraleja», el certamen de Alfambra, el «Albaricoque de oro» de Moratalla (Murcia), el «Castillejo Benigno-Vaquero» en Pinos Puente (Granada), el «Ana de Velasco» en Marcilla (Navarra), el «Villa de Binéfar», en Binéfar (Huesca) o el Frida Kahlo en Rivas-Vaciamadrid, entre muchos otros en el ámbito del relato corto.

Además, ha ganado el XXI Certamen de novela corta »José Luis Castillo-Puche» en Yecla (Murcia), con la obra *Corderos*, el Certamen de novela «Valdemembra» en Quintanar del Rey (Cuenca), con *El local de jazz*, el Certamen de narrativa «Princesa Galiana», con *Mañana hoy será ayer*, el Premio Otoño «Villa de Chiva», con la novela *La Mala Sangre*, y el certamen de novela corta «Ciudad de Tijola», con *El Plagio*.

Es colaborador habitual de *Belezos*, revista editada por el Instituto de Estudios Riojanos, con artículos sobre tradiciones riojanas.

Hasta ahora ha publicado las novelas *El mar de Lomé*, Editorial Ochoa, 2009; *El anhelo del diablo*, Uno Editorial, 2014; *El local de Jazz*, Ediciones Quintanar, 2015; *Corderos*, Edición Hécula, 2016; *Mañana hoy será ayer*, DB Ediciones, 2016; y *Octubre*, Editorial Buscarini, 2019.

*A mi primo y amigo, Roberto Arranz.
Siempre a mi lado.*

HACE YA AÑOS QUE ME JUBILÉ, PERO PARA QUÉ NEGARLO, AÚN siento ese picorcillo en los pulpejos de los dedos cuando tengo ante mí un caso especialmente atractivo. Supongo que son gajes del oficio que se rebelan a la jubilación, a esa maldita edad de oro en la que empiezas a estorbar, da igual el lugar en que te pongas. Te conviertes en esa pelusa que resiste debajo del armario a pesar de los pases de escoba; sigue ahí, perenne, sin ninguna utilidad, pero sin modo de librarte de ella. ¡Hay que joderse! Me niego a convertirme en esa jodida pelusa.

Yo ni siquiera quería jubilarme, ellos lo decidieron por mí. Hablaron de no sé qué síndromes y demasiados años en activo, y me dieron dos opciones: o el despacho o la jubilación. Opté por esta última porque mi generación no pasó de las Olivetti, en las que tenías que emplear papel de calca para hacer varias copias, y donde un error ortográfico era toda una tragedia. Qué iba a hacer yo en una oficina, donde incluso me tendrían que ayudar a encender el ordenador.

No, la jubilación era el mal menor. Además, el hecho de haberme retirado no significa que haya dejado de ser útil. Sigo conservando mis dos mayores aficiones, las que me mantienen el pulso estable. Los puzzles, con los que inundo las mesas de casa e incluso el suelo, para desespero de mi mujer. Y, sabiendo lo mucho que incomoda, tanto a mi esposa como a mis antiguos compañeros, la segunda de mis aficiones es seguir husmeando en los diferentes casos que se dan a lo largo y ancho de la ciudad. Porque puede que los policías ten-

gamos fecha de caducidad, pero la mezquindad del ser humano no la tiene. En la ciudad se siguen dando crímenes, atracos, violaciones, estafas... y un hombre como yo, que ha visto tanto, por mucho que lo nieguen, sigue siendo necesario

No en pocas ocasiones acaban echándome de una escena de investigación, pero eso no me detiene, y en cuanto escucho por la radio —ya me han confiscado siete— que ocurre algo medianamente interesante, me presento allí. Voy a seguir haciéndolo hasta que el reuma, que ya asoma el hocico en los meses húmedos, me lo impida. Tan sólo dejo de hacerlo cuando estoy concluyendo algún puzle especialmente complicado, de más de cinco mil piezas, y no siempre.

Afortunadamente hay antiguos compañeros que me siguen teniendo respeto, como Elena. Ayer se presentó en casa para por menorizarme un caso que la tiene especialmente perdida y, cómo no, me he ofrecido a ayudarla. Me sorprendió que accediera a que la acompañara en la investigación, y aún más que a mi mujer no le haya importado. Supongo que es por el cariño que le tiene a Elena. Pasaba mucho tiempo en casa cuando yo estaba en activo, y sigue viniendo de vez en cuando, incluso se queda a comer algunos sábados, cuando se acerca con su marido y el pequeño Jonás, su hijo. Estoy totalmente convencido de que si se hubiera tratado de otro agente se hubiese puesto hecha una furia, y hubiera empezado otra vez con lo de la senilidad y demás excusas para no dejarme salir de casa. Pero, por suerte, Elena es diferente.

Mientras me visto con el traje de las ocasiones especiales, incluida la cartuchera —aunque ya no lleve arma, el contorno de la funda bajo la americana surte el mismo efecto—, pienso en lo que Elena me ha contado hasta el momento. Sospecha que en una institución mental de las afueras de la ciudad algo se está cocinando, y no precisamente en los fogones. La rige un tal Doctor Sugrañes, al cual se le achacan unos métodos poco ortodoxos que han puesto a la institución mental en boca de todos. Elena, mientras me desplegaba unos dossieres que ni me molesté en leer, me dijo que barruntaba que algunos enfermos habían desaparecido y que eran sus métodos, desconocidos para todas personas ajenas a los internos, los responsables de dichas desapariciones.

Elena es una de esas policías de nueva hornada que saben muy bien cómo interpretar una prueba, pero no son tan hábiles con las personas. Yo tengo la experiencia que a ella le falta y estoy dispuesto a acompañarla adonde ella no sea capaz de llegar, sin tener aspiración ninguna a los laureles que pudiera arrojar el destapar al doctor Sugrañes y sus, aparentemente, truculentas terapias.

Cuando termino de vestirme recojo mi placa y la aferro al cinturón. La gente se sorprende al ver a un hombre de setenta años con una placa de policía abrazada al cinturón. Las películas de Hollywood han hecho mucho daño. Te quitan el arma y las ganas de vivir en muchos casos, pero no la placa. Negarle la placa a un hombre que ha sido policía durante toda su vida laboral es como quitarle el respirador artificial a un enfermo de EPOC; es un asesinato.

Elena llega puntual y me espera en el salón mientras charla con Encarna, mi mujer. Cuando entro, a mi mujer se le ensombrece el semblante. Tantos años a mi lado, pasando sola noches en las que yo patrullaba la ciudad, esperándome a deshoras mientras rezaba para que llegara a casa, o temblando cada vez que las sirenas resquebrajaban la quietud de la noche, y aún sigue inquietándose cuando salgo de casa como en esta ocasión, para echar una mano a una colega con su caso. Quizá por eso me enamoré de ella en mi juventud y he seguido amándola cada día de mi vida, porque incluso los que protegemos la ciudad necesitamos que hagan lo mismo con nosotros al llegar a nuestro hogar. Y una mujer como Encarna es capaz de suturar las heridas del alma con un beso, de cicatrizar las brechas que abre el miedo con un abrazo. Sí, mi Encarna es una de esas mujeres capaces de hacerte renacer cada mañana, de volverte inmortal, invencible, de hacerte creer que en el mundo no hay dolor que resista el envoltorio que se cierra cuando su cuerpo se abre para ti.

Me besa en la mejilla y recoloca el pañuelo que dejo asomar en el bolsillo exterior de mi americana. Después me palmea las solapas y pellizca mi mejilla zurda, que posiblemente se habrá encarnado con la carantoña. Frunzo el ceño y tuerzo ligeramente el labio, mostrándole una disconformidad fingida que ella rebate con un mohín cariñoso, una de esas medias sonrisas capaces de acelerar el deshielo de los casquetes polares.

—Ten cuidado, amor —me pide.

Asiento con la cabeza y tomo el brazo de Elena, que contempla la escena con cierta melancolía.

—Tranquila, cariño, que con estas policías jóvenes incluso un viejo como yo está a salvo —le replico, mientras me dejo acompañar por la joven agente al portal.

Ya en la calle suelto el brazo de Elena. Una cosa es el cariño de una policía joven por el que ha sido su mentor durante años, y otra es que crean que se trata del lazarillo de un inútil. Caminamos hasta el coche, que ha dejado aparcado en doble fila frente al local vacío, repleto de carteles publicitarios de diferentes partidos políticos, que un día fue el Video-Club «El Halcón Maltés». No me sorprende que haya optado por uno de los vehículos de incógnito. Odio los coches patrulla que todos ven acercarse. El sigilo y el factor sorpresa son fundamentales para la resolución de la mayor parte de los casos a los que me he enfrentado durante mis años en activo.

El trayecto hasta el psiquiátrico de la zona oeste es largo y lento, una sucesión de calles estrechas inundadas de semáforos que parecen haberse puesto en nuestra contra, encarnándose en el preciso momento en el que estamos a punto de cruzarlos. Afortunadamente Elena es una buena conversadora y, además, en el equipo de música del viejo coche no paran de sucederse antiguas canciones de Stan Getz, Sonny Rollins o John Lee Hooker. Si yo hubiera escogido la música no lo hubiera hecho mejor. Incluso llego a pensar que ella la ha elegido para mí, conociendo al dedillo mi predilección por los clásicos del jazz. Me recuesto sobre el respaldo, castigado y duro, e intento disfrutar de la música, pero la inminencia de la investigación me corroe por dentro. No puedo evitarlo, siempre que estoy a punto de entrar en un nuevo caso sufro como si tuviera ratas en el estómago. Es una sensación que se atenúa con el paso de los días, pero antes de afrontarlos siempre me sucede. Ya era así cuando era un novato en la comisaría del barrio de Santa Justa, y hay cosas que ni los años ni las experiencias vividas logran narcotizar. En realidad no me importa, me sirve para estar alerta; es como poseer una especie de radar de problemas, y hoy las ratas se mueven más que nunca, no sé qué nos vamos a encontrar en el psiquiátrico del doctor Sugrañes, pero no me gusta. A las ratas no les gusta y a mí tampoco.

Cuando al fin abandonamos las calles más estrechas del centro y enfilamos el boulevard que lleva hasta la nacional, gira la rueda del volumen y, aunque me duela, enmudezco el saxo de John Coltrane a mitad del «My Favorite Things». Elena me mira de soslayo, sin perder el control de la carretera, que mediado el día sufre la congestión habitual de los trabajadores que regresan a sus hogares después de la jornada matutina.

—¿Qué le corroe, inspector Solozábal? —me pregunta.

Suelo insistir, entre los más jóvenes, en que me traten así; es un modo de mantener las distancias y el respeto entre los recién llegados y los que, con suerte, peinamos canas. Con Elena empero, es diferente. Hace tiempo que hemos dinamitado los formalismos y cuando me trata como a un superior me siento incómodo.

—Elena, por favor, llámame Félix —le pido—. Y lo que me corroe es lo de siempre antes de afrontar un caso. No sé cómo definirlo, pero... —dudo— no sabría decirte, estos casos en los que median los médicos nunca me han gustado. Mi abuela era de ese tipo de mujeres que desconfiaba de los de la bata, porque decía que mataban a los viejos para mantener el equilibrio y que no hubiera demasiados ancianos. Su lema era «*si quieres vivir sin aprensión, no te mires la tensión*». Lógicamente, yo no soy como mi abuela, pero mi desconfianza está ahí. No son gente de fiar. Saben qué ocurre en nuestro interior, y una persona que sabe cómo funciona nuestro corazón mejor que nosotros es una persona peligrosa.

—Entiendo —afirma, notablemente divertida y preocupada a la vez.

—De todos modos, si no te importa, me gustaría dirigir el encuentro con el tal Sugrañes —le pido, aunque el rango, a pesar de la jubilación, me otorgue la dirección de la investigación—. Eres de las mejores policías que conozco y llegarás a inspectora, estoy seguro, pero ahora mismo creo que estoy mejor preparado que tú para mirar a la cara a ese tipo. ¿Sabes? Se pueden leer muchas cosas en el blanco de los ojos de un sospechoso. Yo sé hacerlo. Llevo toda la vida haciéndolo —sumo con determinación y un nada disimulado orgullo.

—No tengo inconveniente —asume Elena, mientras aferra el volante para tomar una curva, tras la que la carretera se convierte en

una aburrida recta, en mitad de la cual se ubica el centro psiquiátrico—. Te agradezco infinitamente que me ayudes con esto, Félix. Estos temas en los que se involucra a gente que tiene problemas mentales, la verdad es que... lo cierto es que me tocan de cerca.

—¿Tienes algún familiar enfermo? —le pregunto—. ¿Algún amigo? —indago de nuevo, incapaz de interpretar su silencio.

—Mi padre —musita y sube el volumen de la radio, justo a tiempo de escuchar el «The Girl From Ipanema», consiguiendo que me sienta incómodo por haberle hecho la pregunta, y más aún por no saber qué responder cuando me ha contestado y la mirada se le ha emborronado con un sinfín de lágrimas.

Dos sencillos cavacotes de hormigón señalan el paso a la derecha, que continúa por un sendero de gravilla hasta la puerta del centro. Una construcción rodeada por una cerca de metal de varios metros de altura, pero que, paradójicamente, tiene las puertas abiertas.

—No parece que tengan mucho miedo a que se les escape algún loco —asiento, cuando el coche de Elena cruza bajo el umbral de la puerta de entrada, donde ni siquiera hay una garita con un vigilante en el interior.

El coche arrastra la gravilla del exterior sobre el asfalto, que continúa a partir de la entrada al recinto hasta la puerta principal, frente a la cual aparca. Salimos del coche y, como si nos hubieran estado observando llegar, una mujer de no más de cuarenta años, robusta y de mejillas encendidas, sale a nuestro encuentro con una sonrisa en los labios que deja entrever una dentadura sana y brillante.

—Buenas —canturrea, con un profundo acento del norte—. ¿En qué puedo ayudarles?

Le ofrezco la mano y ella la sacude con energía, mientras con la mano libre libero la placa del cinturón y la blando a media altura. La mujer plisa el ceño contrariada.

—Soy el inspector Solozábal, Félix Solozábal —me presento—. Y esta es mi compañera Elena. Queríamos, si no es molestia, hablar con la persona que dirige esta institución. El doctor Sugrañes, si no me equivoco.

—¿Hay algún problema? —pregunta la mujer, mientras retrocede hasta la puerta de entrada, la abre, y nos invita a pasar con un ademán de mano.

Cruzamos y nos encontramos en un hall icástico, donde tan solo hay unas sillas, una televisión, que en ese preciso instante proyecta un partido de tenis en diferido entre Rafa Nadal y Del Potro, y varias puertas, tan sencillas como todo el ornamento restante.

—Tenemos entendido que ha desaparecido algún interno y queríamos que nos contase algo al respecto —le respondo, después de entrar.

La mujer me ofrece un gesto de contrariedad.

—No tengo noticia de tal cosa.

—El doctor Sugrañes sabrá darnos detalles —se adelanta Elena, tan impulsiva como todas las policías de su edad—, si es tan amable de solicitarle que nos dedique unos minutos.

La miro con dureza, pero ella no me devuelve la mirada, y la mujer que nos ha dado la bienvenida y que ni siquiera se ha presentado asiente y desaparece por una de las puertas que quedan frente a nosotros. Elena se sienta, o sería más justo decir que se desparrama en uno de los asientos, y me coloco frente a ella.

—No me interrumpas, Elena. No olvides que eres tú quien me ha pedido ayuda y que soy yo quien está al mando de esto, al menos hasta que se oficialice la investigación —le detallo con una rudeza innecesaria.

—De acuerdo, Félix. Trataré de controlar mi boca. Lo siento —se disculpa.

Antes de que podamos seguir con una conversación que tiene toda la pinta de avanzar sobre ruedas cuadradas, la puerta se abre de nuevo y aparece un hombre que frisarà los sesenta y que acude a nuestro encuentro con una amable sonrisa. Todo el mundo parece sonreír en este lugar. Por debajo de una bata blanca que resalta un talle espigado, ciertamente atlético, asoma un pantalón vaquero y unas zapatillas de deporte blancas. De mirada astuta, con dos pequeños ojos negros muy juntos sobre el puente de la nariz, el doctor Sugrañes tiene cierto aspecto de roedor desconfiado. La alopecia que le da brillo a su testa me ha confundido, y cuando se acerca y me estrecha la mano con brío deduzco que es bastante más joven de lo que me ha parecido en un primer momento. Cincuenta, quizás cuarenta y muchos, no más.

—Soy el doctor Sugrañes, el psiquiatra al cargo de esta institución. Me han dicho que desean hablar conmigo sobre algún hecho

que, de verdad, nos ha desconcertado. No ha desaparecido nadie en este lugar. Sí que hace unas semanas, un interno, Andrés Jiménez, salió a dar un paseo por los alrededores y se desorientó. Fuimos en su busca y lo encontramos perdido y desnortado junto al hayedo, pero nada más. No sé si a eso es a lo que se referían ustedes —suelta de carrerilla, como si fuera un charlatán vendiendo un crecepelo, que, a la vista está, necesita él más que yo.

Miro a Elena disimuladamente y veo cómo la duda le ensombrece el semblante. Si hemos hecho el viaje, y sembrado la duda, porque un interno se largó a espiar ardillas a un hayedo, es una cagada como el sombrero de un picador. Aun así mantengo el tipo, ya llegará más tarde el momento de los reproches. Asiento ante las palabras del doctor con el ceño plisado, como si guardara un as bajo la manga.

—De todos modos, doctor Sugrañes, nos gustaría echar un vistazo a las instalaciones —le solicito, ladeando la cabeza—. No tenemos motivo para dudar de sus palabras, pero ya que hemos formalizado la visita. Si es tan amable... —dejo colgando.

—Deduzco, por sus palabras, que no tienen una orden de registro —matiza.

No necesito mirar a Elena para saber que ha palidecido.

—Deduzco que, igualmente, no tiene usted nada que ocultar —rebato—. Sabe que esta institución es el centro de todas las murmuraciones en la ciudad. Sumar más sombra a algo en penumbras acaba por sumirlo en una oscuridad total. Obviamente, ninguno de los aquí presentes deseamos eso.

—Obviamente —responde el doctor.

—¿Entonces? —pregunta Elena.

El doctor Sugrañes camina hasta una de las puertas de doble hoja, abre una de ellas y señala el interior con la mano, invitándonos a pasar.

—Para mí será un placer ejercer de guía en mi humilde centro.

Avanzo unos pasos hacia el pasillo, cuyo acceso ha abierto Sugrañes, pero Elena me detiene sosteniéndome el brazo desde la manga.

—Puede que yo deba echar un vistazo por los alrededores, por si algún interno puede decirme algo.

—Okay, de acuerdo, pero entrecomilla cualquier cosa que puedan decirte aunque lo juren, ten en cuenta el estado de los «hospedados» en este lugar —le advierto.

—¿Algún problema? —nos pregunta un exasperado Sugrañes.

—Ninguno —respondo, cruzando bajo el umbral de la puerta—, ninguno en absoluto. Mi compañera desea quedarse fuera, estamos esperando una llamada importante y prefiere permanecer cerca del coche. Sin más.

El doctor Sugrañes cierra la puerta y ambos caminamos por las amplias instalaciones del centro.

Mientras lo hacemos, el doctor me enumera los detalles de sus investigaciones en múltiples casos de demencia y cómo ha llegado a la conclusión de que al enajenado, muchas veces para que deje de serlo, hay que darle la libertad de descubrirlo por sí mismo. Así las cosas, salvo algunos casos, excesivamente graves o peligrosos, la terapia del doctor Sugrañes es tan sencilla que parece estúpida o, como mínimo, arriesgada. Permitir al loco que viva su locura como si fuera real, esperando que el hacerlo, con el paso del tiempo, le permita descubrir que vive sumido en una fantasía.

Por el pasillo y las numerosas salas por las que paseamos me tropiezo con toda suerte de pacientes. Uno de ellos pasea con un cojín atado a un ramal, y el propio doctor Sugrañes, después de recordarle que los perros deben hacer sus necesidades en los jardines exteriores, acaricia el cojín y le llama Tobi. Otra de las pacientes, vestida con una sábana enrollada alrededor de su esquelético cuerpo, afirma ser Hipatia, y el doctor le dice que estará encantado de que comparta con él los últimos hallazgos sobre astronomía que la filósofa neoplatónica haya descubierto. No falta el hombre de no menos de cien kilos que, sentado en el alfeizar interior de la ventana, aúlla a una luna que aún no ha asomado por el horizonte. No sé, no sé, es todo tan extraño que dudo sobre la veracidad de las palabras del doctor. Incluso llego a pensar que todos esos pacientes son actores y que el doctor Sugrañes, advertido, quién sabe cómo, de nuestra visita, ha orquestado una farsa que nos haga pensar que su centro es un lugar bucólico.

Estoy a punto de hacérselo saber cuando, al cruzar frente a una puerta abierta, veo algo sobre una mesa que capta toda mi atención. Tanto lo hace que me adentro en esa habitación sin avisar al doctor Sugrañes, que aún avanza unos metros antes de darse cuenta de que no le sigo, y tiene que desandar sus pasos para adentrarse conmigo

en una habitación donde tan sólo hay dos elementos: una enorme mesa y un gigantesco puzle en el que únicamente ha sido completada una pequeña parte. Por el tamaño de la bolsa de piezas que acompaña lo resuelto, deduzco que lo que veo completado apenas en un cinco por ciento del total.

—Oh, ya veo que ha descubierto una de mis pasiones. Incluso una persona como yo necesita momentos de relax para no volverme como mis amigos pacientes —me dice, acercándose a la mesa.

—Magnífico —digo, confesando mi asombro por el previsible tamaño del puzle—. ¿Es *El Guernica* de Picasso? —le pregunto.

—Sí, así es —me responde—. Pero creo que me equivoqué al comprarlo, es demasiado grande para mí, casi irresoluble al ser todas las piezas en los mismos tonos. Ni en dos vidas lograría completarlo. Puede que incluso lo deje por imposible. Son veinte mil piezas —confiesa, admitiendo la anticipada derrota.

Abro las manos, abarcando el contorno de la mesa.

—Por favor, si yo tuviera tiempo me emplearía en él, y le aseguro que en unas semanas ya tendría resuelta la mayor parte del puzle —aventuro.

—¿De verdad lo dice? —me pregunta con una emoción nada disimulada

—De verdad se lo digo.

—Escúcheme, inspector Solozábal, basta verle para saber que está jubilado, ¿verdad?

La pregunta me ha pillado desprevenido, y asiento con cierta vergüenza.

—A veces echo una mano a la gente joven del cuerpo, ya sabe, la experiencia es un grado —admito.

—Lo sé, y podemos matar dos pájaros de un tiro —continúa, tan emocionado como yo—. Necesito completar este puzle para colocarlo en el hall principal del centro. Y usted, a la vista está, aún no confía en mis métodos. Blanco y en botella. Es usted libre de quedarse aquí tanto tiempo como considere necesario, mientras lo haga podrá ayudarme con el puzle y yo le permito que husmee tanto como desee en todas nuestras instalaciones. ¿Qué le parece mi oferta?

Las ideas se arrebullan en mi cabeza, unas sobre otras, pero el puzle es capaz de echarlas a un lado. Ya únicamente veo piezas moviéndose,

colocándose, descubriendo la hermosa pintura que Picasso extrajo de sus pinceles y que, gracias a mí, puede decorar aquel hospital psiquiátrico. Ni siquiera soy consciente de que he asentido con la cabeza y tomado la bolsa de piezas, hasta que el doctor Sugrañes alza las manos satisfecho, encantado con mi decisión. Innegablemente, había dado por imposible la resolución de aquel puzle y debe considerar mi aparición en su centro como uno de esas coincidencias, revestidas con el halo de los milagros, que rara vez se dan.

—¡Fabuloso, magnífico, no sabe usted cómo me va a ayudar! — exclama.

Con la bolsa de piezas en la mano miro hacia la ventana, desde la que veo a Elena dar vueltas alrededor de su coche.

—Debería avisar a Elena —digo, mesándome el mentón con la mano libre.

—Oh, no se preocupe por ello, yo mismo puedo hablar con su hija de la decisión que ha tomado para ayudarme con esto.

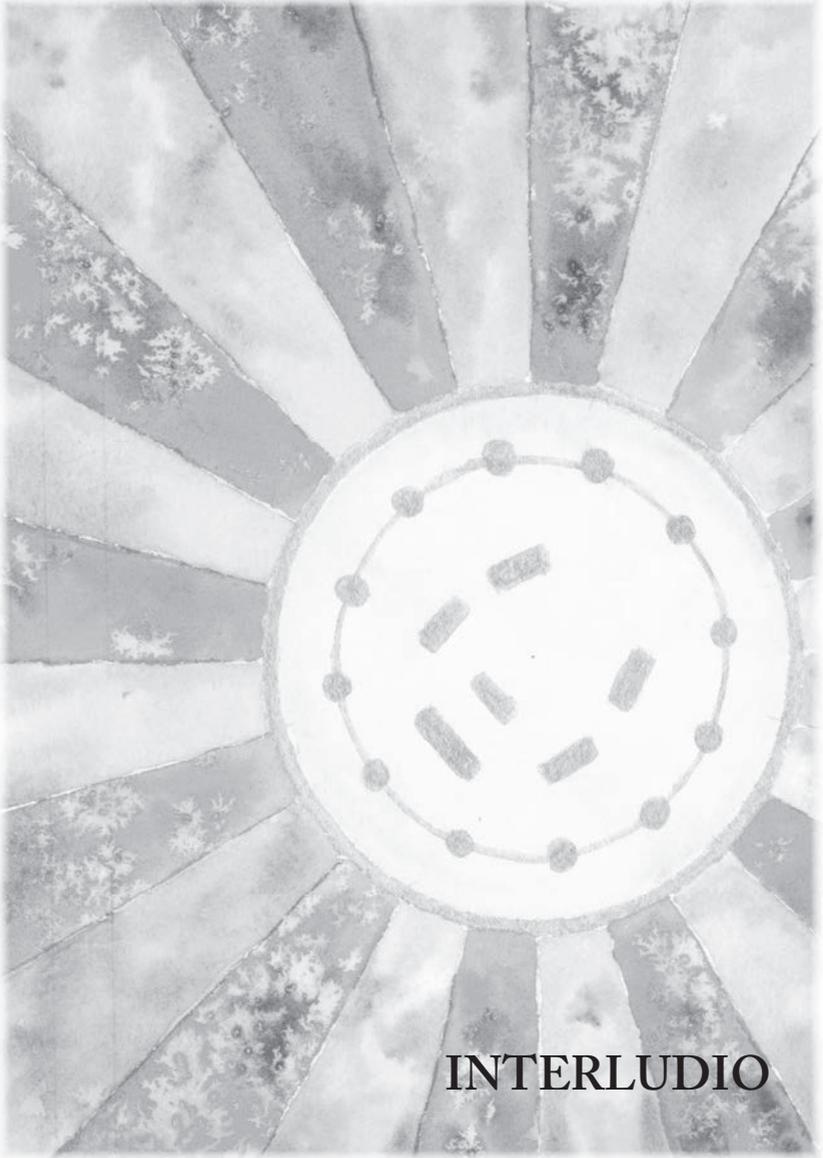
Contengo una carcajada.

—No, se equivoca, no es mi hija, aunque no es el primero que lo piensa por ciertos parecidos físicos, totalmente casuales —le rectifico—. Compañeros, nada más. Y desde que me jubilaron, ni eso. Amigos que se ayudan mutuamente, es bueno tenerlos.

—Desde luego —me confirma el doctor—. Le dejo con el puzle, voy a hablar con ella.

El doctor Sugrañes abandona la sala y yo vuelco el contenido de la bolsa sobre la mesa, dispersando las numerosas piezas para comenzar a separar los lados del puzle del vientre del mismo, primer y fundamental paso a la hora de resolver un rompecabezas tan majestuoso como este. De hecho, tanto me sumerjo en la segregación de las piezas que ni siquiera presto atención al encuentro entre el doctor Sugrañes y Elena, junto al coche en el que hemos llegado. No veo cómo hablan, ni el modo en que Elena se abraza al doctor, o cómo, tras enjugarse las lágrimas que le abarquillan los párpados, le entrega a una celadora una maleta que lleva en los asientos traseros del coche y abandona el psiquiátrico en el preciso instante en que yo coloco una pieza más en el puzle, convencido de que puede ser mi gran obra.





INTERLUDIO

TOV V'RA'

JUAN JESÚS AGUILAR OSUNA

ENVUELTO EN TINIEBLAS, EL ALFAQUÍ PASA UNA MANO POR LA espesa capa de polvo que recubre el manuscrito. El tacto suave de la cubierta le eriza el alma. Sus dedos repasan las letras de la primera página, *TOV V'RA'*, estampadas en sangre sobre piel ennegrecida, perpetuadas desde el principio de los tiempos. El aire viciado de la estancia se precipita en una honda bocanada hacia sus pulmones, filtrado entre el irrefrenable martilleo que le hostiga el cuello.

En ese instante lo sabe todo. Incluso que va a morir.

La mueca alojada en sus labios podría haber sido de angustia y dolor, pero se torna media sonrisa al pasar las páginas del grueso volumen. Lo ha encontrado. Al fin, tras buscarlo durante una vida entera en las bibliotecas más recónditas, en tiendas de anticuario donde el tiempo cristaliza, en mercados oscuros donde jamás se filtra el brillo lechoso del alba. Toda una vida persiguiéndolo, y ahora, cuando se había convencido de que no era más que un mito, lo tiene en sus manos.

A la luz del candil, el Alfaquí derrama sus ansias de conocimiento sobre las hojas apergaminadas. Crujen al separarse las unas de las otras. Recorre al azar líneas de tinta milenaria y enseguida se ve obligado a cerrar los ojos y a traga la saliva que le inunda la boca. Cuanto lo rodea, el mundo al completo, ha dejado de existir. Todo ha cesado para permitirle degustar ese manjar prohibido.

¹ En junio de 2016, este relato fue declarado finalista en el *III Certamen de Relatos Cortos «Cursos de verano UNED»*, en Alcalá la Real (Jaén).

Nada importa ya, ni siquiera cómo el destino lo ha conducido hasta una habitación excavada en las recónditas entrañas del Cerro de la Mota. Ibn Said al-Maghribi y otros geógrafos lo habían insinuado en sus escritos, pero solo él ha localizado el enclave exacto. Ha burlado a los cristianos haciéndose pasar por un respetable médico sefardí. Su barba blanca y las arrugas acumuladas en su frente hablaron con verosimilitud. Una tras otra, ha traspuesto las siete puertas sembradas entre el matorral y la hermosa arboleda. Cuando llegó a la ciudadela, el alba empezaba a acuchillar la noche mientras los cuervos graznaban en torno a la imponente torre de la iglesia. Había arribado al corazón mismo de Al-Qal'a. Solo quedaba adentrarse en la quietud de su templo cristiano.

La hoja afilada de su cuchillo había servido de salvoconducto para retirar la losa y abismarse en un mundo subterráneo que nadie conocía. Nadie, ni siquiera el abad que, con un gesto de muerte perpetuado en las pupilas, se desangra sobre el suelo de Santa María la Mayor, al comienzo de las angostas e interminables escaleras.



Momentos antes, el Alfaquí se había estremecido ante el tacto glacial de los huesos que atenzaban el libro, dedos sin carne que tuvo que dislocar para arrebatárselos el tesoro que custodiaban.

¿O, tal vez, se lo habían entregado... a su manera?

La vastedad de la sobrecogedora cámara se pierde en las sombras, cada palmo de piedra viva oculto tras las cubiertas de algún libro. Los anaqueles, alabeados por el peso de los siglos, rozan el techo, o quizá lo sostienen con contrafuertes de piel de cabra y pulpa ancestral.

En el centro, flanqueada por la mirada eterna de miles de lomos, por cuerdas que entrelazan palabras inmortales, se extiende una enorme mesa. El aura del candil revela que se trata del tocón de un árbol colosal cuya altura y majestuosidad se han visto truncadas para dejar al descubierto miles de anillos. Las raíces del titánico vestigio sobresalen del suelo y alfombran la habitación con nervaduras enjambradas. Alrededor del tronco principal, afloran doce vástagos, también cercenados para conformar asientos. Once de ellos están

ocupados por sendos esqueletos, aún enfundados en retales que hablan de distintas épocas. Todos están habitados por gruesas ramas que los mantienen erguidos, las manos sobre las infinitas circunferencias concéntricas del gran tronco, sujetando la ausencia de un libro. Junto a cada lector hay lucernas, charcos de cera que alguna vez fueron velas, candiles con las torcidas secas o teas extintas.

El Alfaquí sabe que ha llegado el fin y comienzo de todo.

Antes de bajar recolocó la losa desde el interior. Ahora empuja la pesada puerta para sellar su descubrimiento y así ocultarlo de los cientos de escalones que lo distancian del suelo de la abadía. Mientras ocupa el asiento que queda libre, un silencio intemporal se vierte en sus oídos y siente que el frío le hiel a la sangre. Apoya las manos sobre el inmenso tocón y vuelve a abrir el libro, esta vez por el principio. Las hojas tienen el mismo tacto y olor que el tronco. Los destellos de la torcida no logran distinguir entre pulpa y madera. Las páginas crepitan, la luz se va debilitando hasta agonizar vencida por las tinieblas...

El anciano sabio no se percata de nada y continúa leyendo. Sus ojos responden a un impulso mecánico, atrapados por el fulgor hipnótico que desprenden las páginas.

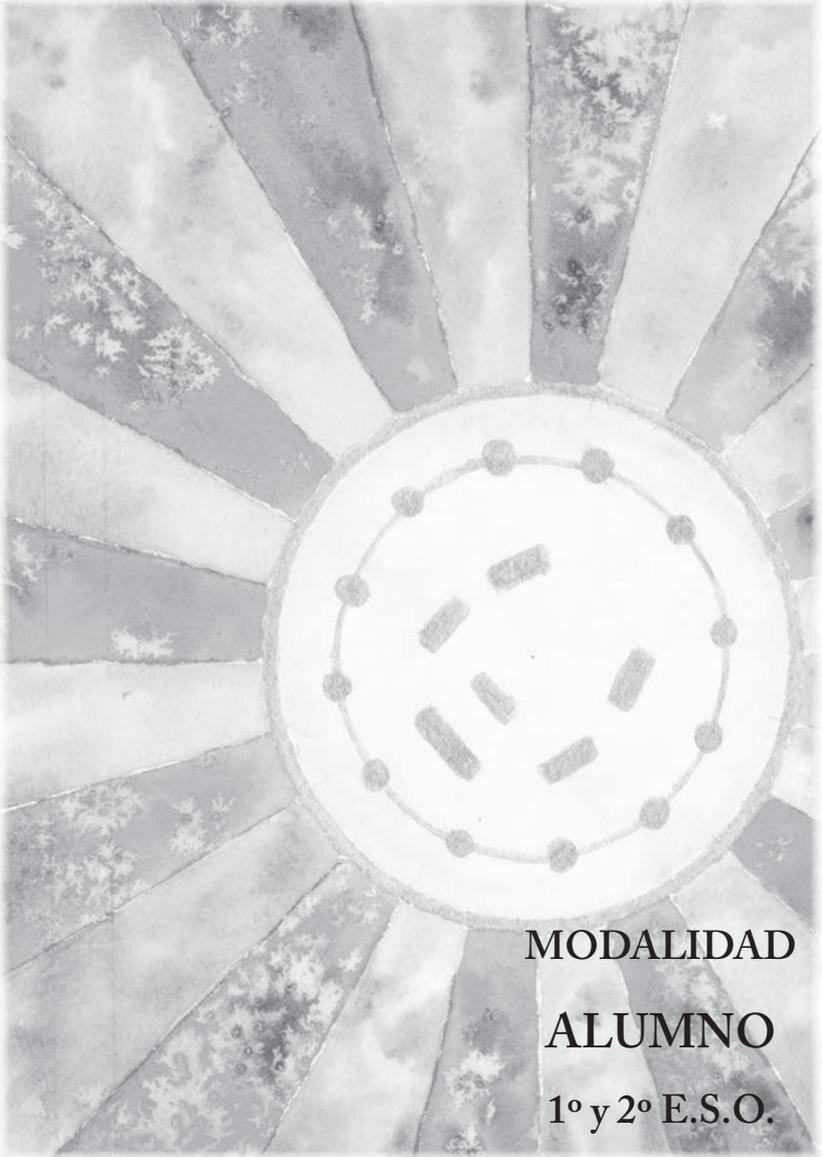
Con el paso de los días, la oscuridad, densa, sólida, lo anega todo, salvo por el halo que emana del libro. La pugna de contraluces talla unas cuencas cada vez más cadavéricas donde no hace tanto había una cara.



El Alfaquí sabía que su cuerpo iba a morir. La piel, los músculos, las vísceras, la sangre, los huesos, aquel encofrado orgánico parasitado por los años ya no le serviría de nada.

El tiempo deja de ser tiempo mientras las líneas del libro vacían sus entrañas y rellenan las cavidades con ramas brotadas del vástago del árbol. Los dientes de su calavera immortalizan una sonrisa dirigida hacia el libro atesorado entre las falanges descarnadas de sus manos.

Sin tiempo, el espacio queda a oscuras y solo resuena el verdadero eco de la nada.



MODALIDAD

ALUMNO

1º y 2º E.S.O.





POR NUESTRO BIEN

PRIMER PREMIO

DAVID CEJUDO SÁNCHEZ

2º E.S.O.

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO (ÉCIJA)

MI NOMBRE ES HUGO Y MI HISTORIAL PSIQUIÁTRICO NO ESTÁ muy limpio... Pero comencemos...

Nací en mayo, el 26 concretamente, en el hospital de Cádiz a las 18:47 PM. A los dos días llegué a casa junto con mi hermano Óscar y mi madre, Laura. Tuve que quedarme un tiempo bajo una observación especial al nacer, pero los médicos dijeron que no era nada grave.

Nunca asistí a ninguna guardería, mi madre me enseñó en casa como pudo, hasta que tuve edad de comenzar primaria.

En mi primer día de clase estaba extraño, quería llorar de los nervios. Fui el primero en llegar, junto con el profesor.

—Hola, amigo, soy Rafael y soy tu profe —dijo en tono amigable—. ¿Cómo te llamas? —Se agachó para mirarme a los ojos.

—Mm.... Ra... Raúl. —Finalmente respondí entre temblores y moqueos.

—Bien, Raúl, ¿quieres ver la clase? —dijo Rafael mientras con un pañuelo secaba mi cara.

—No —respondí tímidamente.

—Tú tranquilo, el cole es muy guay —dijo mi profesor mientras abría la puerta de lo que suponía era mi clase.

Después de ese momento comencé a sentirme un poco menos agobiado. Cuando el profesor comprobó que en el listado de clase no aparecía ningún Raúl se extrañó.

Si has estado atento verás que, primero, me presenté como Hugo. Sí, Hugo es mi nombre real.

Al profesor Rafael me presenté como Raúl. Sí, Raúl es mi nombre real.

Este soy yo, nosotros, y sufrimos un trastorno de personalidad múltiple. Tardaron en diagnosticárnoslo, a la edad de 13 años. Antes

pensaban que solo era un juego de niños pretendiendo hacerse pasar por otra persona... pero era algo más serio.

Durante primaria lo pasé mal, siempre estuve solo, aunque era soportable. En casa normalmente era algo parecido aunque me sentía más seguro en mi habitación encerrado.

Mis días solían ser iguales: madrugaba sin tener nada que hacer, tan solo desayunaba y volvía a mi cuarto hasta que sonase la alarma para ir a la escuela; al volver, mi madre me llamaba para comer, luego regresaba a mi cuarto y comenzaba otro día al terminar de cenar.

Cuando entré a secundaria...

Bueno... Nadie hizo nada por entenderme, solo se reían de nosotros cuando Hugo y Raúl se ponían a discutir. Todos nos llamaban «bicho raro», «agente doble» fue un mote conocido por todos en nuestro instituto. Nos gritaban cosas como: «¿y ahora quién eres, pardillo? ¡El doble de tonto! ¡Te voy a dar hostias de dos en dos!... ».

Y más insultos y chistes. Raúl y yo nunca nos controlábamos, hablábamos cuando nos venía en gana y nunca estábamos de acuerdo.

A duras penas terminamos secundaria, tuvimos que repetir 1º de bachillerato porque a Raúl de repente le apetecía gritar en plena clase y al profesor eso no le gustaba.

Yo solía estudiar bastante, por aburrimiento, pero tenía buenas notas.

Raúl era impulsivo e incontrolable y más de una vez nos metió en problemas.



Acudíamos semanalmente a nuestro psicólogo, Martín. Era un hombre de 63 años, calvo y con poca masa corporal. Era bajito y llevaba gafas. Era amigo de mi padre, antes de que este falleciese, claro.

Dejamos de ir al psicólogo a la edad de veintitrés años. Y si te preguntas por qué...

Raúl clavó unas tijeras en la mano del pobre Martín en uno de sus ataques de rabia.

Martín se recuperó y nosotros fuimos ingresados en el psiquiátrico de Sevilla. Mi madre y mi hermano nos visitaban cada dos

días. En ese lugar pasamos dos largos años, sometidos a muchos experimentos.

Raúl y yo no mejorábamos.

Yo no quería salir de la habitación, abrazaba la almohada mientras lloraba, a lo que Raúl respondía con furiosos golpes en la pared porque las lagrimas le hacían cosquillas en la nariz y eso le molestaba.

Siempre teníamos las manos vendadas y tuvimos que someternos a varias operaciones para arreglar nuestros huesos. Nos pasamos un tiempo en aislamiento porque Raúl intentó escapar de aquel psiquiátrico varias veces. Yo nunca les parecí una amenaza, pero Raúl empeoraba día tras día.

Nuestra comida tenía más drogas que toda la que pudieran haber consumido enfermos de aquel lugar. Repleta de tranquilizantes y antidepresivos.

Tengo que decir que el aislamiento no estaba tan mal, realmente era cómodo y calentito aunque nunca me acostumbré a llevar puesta una camisa de fuerza. Sin embargo, a pesar de sentirme cómodo en ese lugar, el trato con muchos enfermeros y enfermeras que allí se encargaban de nosotros era horrible, sobre todo los del turno matutino, aunque una enfermera siempre me trató genial a pesar de ni conocer su nombre.

Cuando llegaba la hora de la ducha diaria, la situación era un poco violenta. Unas enfermeras se encargaban de desvestirnos en la zona de duchas. Solo podía comenzar a ducharme si yo era el activo. Raúl también odiaba bañarse y, como es de esperar, su reacción era agresiva. Era muy incómodo ducharse mientras las cámaras te vigilaban. Pero así fue día a día.

No sé por qué y los médicos tampoco encontraron una explicación, pero Raúl se fue durante un tiempo, ausente, quizá durante dos semanas. Gracias a mi bondad y mi apacible tranquilidad, nos sacaron del aislamiento.

Continué hablando en plural, ya que Raúl volvió, aunque algo más tranquilo.

Nuestro antiguo compañero de habitación había sido reinsertado en la sociedad. Le dejaron irse de aquel centro de psiquiatría, realmente hablé muy poco con él, pero me pareció majo y me alegró el que volviese con los suyos.

De la enfermera que antes mencioné, al fin descubrí su nombre: Ainhoa. Era la encargada de curarnos las heridas que Raúl nos causase. Un día, en la enfermería, cuando su ayudante abandonó la habitación, Ainhoa nos dijo:

—Guárdame el secreto, pero voy a hacer todo lo posible por que os saquen de aquí. —Cuando acabó de hablar, me guiñó el ojo derecho.

—Eh... ¿en serio? —pregunté en tono entrecortado y tímido.

—Sí, seguro que cuando dejemos esto... —señalando la herida del mordisco que tenía en el brazo— os sacaremos de este sitio y seguiréis con una vida normal. Se os ve muy jóvenes, ¿qué edad tenéis?

—Veinticinco... —continué tímido.

—Lo que decía, tenéis mi edad. ¿Cuándo cumplís años?

—El veintiséis... El veintiséis de mayo —dije.

—¿Umm? Veinti... —revisó el calendario—. ¡Pero si es hoy! Y tú callado. ¡Felicidades, Hugo! —Me besó en la frente.

—Bueno, a ti también, Raúl. —Me acarició el brazo.

—En fin, id al patio, van a haceros unas preguntitas —indicó mientras se sentaba en la silla de su escritorio y ordenaba unos papeles en carpetas.

Cuando fuimos al patio estaba Martín, al lado de un enfermero. Fui corriendo a abrazarle. El enfermero se alarmó, pensó que iba a atacarle.

—Tranquilo, chico. ¿Qué tal? —me dijo.

—Me alegra tanto verte, Martín. ¿Qué es de ti?

—Pues ahora soy jubilado, desde hace dos meses. Y he venido aquí a Sevilla a visitar a mi hija, y me he pasado a verte, bueno, a veros. ¿Qué tal, Raúl?

En ese momento mi personalidad pasó a ser Raúl.

—Ehh, sí, hola, bien —dijo Raúl muy cortante.

—Bueno, vamos a pasar a una consulta y a hablar un rato —dijo Martín con una sonrisa y señalando una puerta para salir del patio.

Entramos en una zona de consulta y nos dijo:

—Aunque solo uno puede ser el activo, quiero que los dos estéis atentos. —Nos ofreció un asiento—. He revisado vuestros últimos datos psiquiátricos y has mejorado, *habéis* —corrigió incómodamente.

—El caso es que me han pedido que os realice un examen psiquiátrico para analizar si podemos reinsertaros o debéis continuar en el centro.

Después de que Martín terminase de hablar yo tan solo asentí y Raúl no dijo nada. Un enfermero entró y se sentó al lado de Martín.

—Bueno, chicos ¿comenzamos? —dijo.

No entraré en detalles de cómo fue el examen, aunque realmente fue uno individual para cada uno. Los enfermeros y Martín quedaron muy seguros de mí, miedoso y tembloroso. Era lo más cuerdo de aquel lugar.

En cuanto a Raúl... Realmente quedaron convencidos, mejoró mucho en su impulsividad y, en cuanto a la agresividad, también.

Ainhoa fue la encargada de comunicarnos la noticia:

—Bueno, lo conseguisteis, chicos: libertad, calle, mundo, gente... VIVIR —dijo abrazándonos—. ¡Oh, es verdad! Tengo algo para vosotros —continuó.

De un cajón de su escritorio sacó una pequeña tarta con unas velas que formaban el número 25. Las encendió con un mechero que sacó de su bolsillo.

—¡Feliz cumple! —dijo alegre—. Aunque un poco tarde...

Me quedé sin palabras, ya no solo por el detalle que Ainhoa había tenido hacia nosotros, sino también porque llevaba siglos sin comer tarta.

—Mu... muchas gracias... Ainhoa... —dije contemplando la tarta.

—No despegas la mirada del pastel, ¿eh? —dijo ella.

—Es que...

—Pues ¡al ataque! —me animó, mientras cortaba un trozo de tarta y me lo ofrecía.

Cogí el plato de plástico donde estaba mi tarta y con una pequeña cuchara que me ofreció empecé a comer. Cuando terminé, dejé el plato en su escritorio. Con una servilleta me limpié la boca y me levanté. Ainhoa hizo lo mismo.

—Muchas gracias..., Ainhoa... —dije mientras empezaba a llorar.

—Que no, hombre —me abrazó.

Ainhoa sacó un paquete de pañuelos de su bata y con uno me limpió cuidadosamente los ojos. Al mirarla bien a la cara, aprecié

unos brillantes ojos verdes.

—Ainhoa... ¿puedo saber tu apellido? —pregunté mientras yo mismo terminaba de secarme las lágrimas.

—Claro, Marvil, pero ¿por qué?

En efecto, como pensé, Marvil era su apellido. Junto con esos profundos ojos verdes y la acción de secarme las lagrimas solo podía acordarme de una persona.

—Tu padre se llama Rafael, ¿verdad? —pregunté mientras me volvía a sentar.

—Wow, sí, ¿le conoces? —dijo ella poniendo cara extraña.

—Él fue mi profesor durante primaria. Desde que te vi supe que tu rostro me recordaba a alguien, pero no sabía a quién —dije poniendo cara simpática.

—Correcto, Rafael es mi padre. ¿Y dices que fue tu profesor? ¿Qué casualidad!

Raúl salió a hablar, de forma brusca y repentina.

—¿Que el pringado de Rafa es tu viejo? —dijo—. Ese cabrón siempre elegía primero a los demás chicos listos de la clase antes que a unos locos como nosotros.

—¡Oye, sin faltar! —dijo Ainhoa frunciendo el ceño—. Tampoco deberías llamarte loco, y a Hugo, menos. Tenéis un trastorno mental...

—Venga ya, «enfermerucha», déjate de tecnicismos. Somos unos locos, pero no unos locos malos, o al menos no ese pardillo de Hugo.

—Raúl, te lo pido por favor. Deja de insultar, tanto al personal como a Hugo.

—¿Y qué más me da a mí lo que tú quieras? —respondió Raúl.

—Hugo, si me escuchas, lo siento. —Ainhoa pulsó un botón que avisó a los encargados de seguridad para que nos llevaran a nuestra habitación.

Esa noche Raúl y yo discutimos mucho. Decía cosas como: «¿Qué te traes con la «enfermerucha» esa? ¿Y el momento romántico de la tartita y las lagrimas a qué viene? Y los abrazitos y besitos, ¿qué?».

Yo me quedaba callado hasta que encontraba unas palabras calmadas para intentar relajarle. Pero sin resultados.

Ainhoa no quiso hacer saber nada de lo que pasó con Raúl en su despacho, por lo que el proceso de reinsertarnos continuaba en

marcha. Y así sucedió. A los tres días después de la charla con Ainhoa, nos vimos saliendo por la puerta principal del que había sido mi hogar durante años. Acompañados por Martín.

A la salida, Ainhoa nos esperaba, con ilusión, aunque con un toque de tristeza.

—Toma, así podrás visitarme siempre que quieras, si quieres verme, claro. —Me dio una especie de tarjeta—. Es una identificación oficial de este centro. Cuando quieras, no tienes más que enseñársela a uno de los guardias, comprobará tu número de identificación y te dejará pasar.

Tras una lenta despedida con Ainhoa, me subí al coche de Martín, que se había ofrecido a llevarnos a casa de mi hermano Óscar, quien ya se había independizado y puesto a trabajar como Policía Nacional.

Cuando llegamos ya era de noche, estaba cansado y con la espalda hecha polvo. Óscar nos recibió cariñosamente y dejó que Martín también durmiese en su casa esa noche.



Estuve alrededor de una semana en casa de mi hermano. Pero todo cambió de la noche a la mañana. Desperté en un tren, sentado en un asiento y con un sombrero de paja tapándome la cara.

—¿Qué?... ¿Eh? ¿Qué cojo?... —dije en tono alto y alterado.

Raúl se volvió el activo.

—Cierra el pico, imbécil, o nos llamarán la atención —susurró.

Estuve un rato haciéndole preguntas como qué hacíamos en un tren, por qué, hacia dónde nos dirigíamos. Raúl no volvió a contestar hasta que el tren se detuvo en una estación. Muchos pasajeros se bajaron.

—¿Nos bajamos aquí? ¿Dónde estamos? —dije nervioso.

—No, Hugo, no bajamos aquí —dijo antes de quitarnos el sombrero de la cara y levantarse—. ¡Todo el mundo al suelo! —gritó sacando una pistola de debajo del asiento.

Raúl nos dirigió hacia la cabina del maquinista, este la abrió y salió corriendo hacia los vagones.

—¿Te mola la «pipa»? —Hablándome a mí—. Cortesía de Óscar. Ese pringado debería tener más cuidado con dónde deja su arma.

—Pequeño Hugo, espero que lo entiendas. —Disparó a los controles del tren—. Esto... —disparó por segunda vez Esto lo hago por nosotros. —Disparó hasta vaciar el cargador.

—¿¡Quieres matarnos o qué!?! —Conseguí activarme.

—Lo has captado, tío, estoy hasta los cojones de vivir así, soportando medicaciones, miradas raras, insultos y cuchicheos. Estoy cansado de estar como una cabra, de ser el segundón, de no ser yo mismo todo el tiempo. Durante esta mierda de semana cada vez que íbamos a alguna tienda, a comer fuera de casa o a visitar incluso a tu madre... Hugo, incluso para ella somos unos locos, para todos lo somos y nadie va a hacer nada por nosotros.

Y todo se volvió oscuro. Entramos en un túnel. Las luces del tren habían dejado de funcionar.

—Es por nuestro bien. —Noté como un susurro en la oreja.

Y...

El tren descarriló

Desperté en un hospital, con Óscar y mi madre a los pies de mi camilla. Tenía todo el cuerpo fracturado y muchas vendas en la cabeza.

Tras varios meses de recuperación, seguí en libertad. Todos los pasajeros murieron, por lo que nadie pudo culparme, y la pistola nunca fue hallada.

Cuando Ainhoa se enteró de mi accidente, no se separó más de mí. Y no solo hablo del tiempo que estuve ingresado, me acogió en su casa y... Ya no salí más de allí.

Hoy, ocho años después de eso, no he vuelto a saber nada de Raúl. Tan solo que, después del golpe en la cabeza en el accidente de tren, desapareció.

A veces echo de menos esa forma tan cariñosa de insultarme que tenía.

—Pringado... —se escucha en la cabeza de Hugo.

—¿Eh? ¿Quién ha dicho eso?





UNA NUEVA ERA

SEGUNDO PREMIO

LORENA DEL CARMEN REQUENA PONCE

1º E.S.O.

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO (ÉCIJA)

DÍA 1

ESTAMOS EN LA NAVE 6-67891. SOLO HAN QUEDADO EN PIE dos tripulantes. El comandante Elías Cochancela Juaraque, de nacionalidad africana, ex comandante de la tripulación Macará, la primera en el mundo en llegar a Júpiter. Y después estoy yo, Jacob Beyun Ruin, ex general de la tripulación Niara, también conocida como «la tripulación sobrehumana». Nos pusieron ese nombre porque en una misión tuvimos que ir a lugares como Escocia, China, Estados Unidos..., pero no fuimos bien recibidos ya que allí nos juzgaron por nuestro color de piel. Algunas personas llegamos hasta el punto de tener que llamar a refuerzos. Aunque eso fue por el año 2050 y ahora estamos en el 2090.

Sí, somos bastante viejos, o eso creerían los del año 2020. Ahora se ha aumentado la calidad de vida de los seres humanos y se suministra un suero diario para «rejuvenecer». Hace que tus células puedan continuar reproduciéndose hasta que pasen unos 40 años, que sería el efecto de duración de dicho suero. No me acuerdo del nombre, pero ponía algo como *Termascionel*...

Eso era antes. Soy testigo del horror que le han hecho al máspreciado planeta: la Tierra. Me duele comunicar que la Tierra ha explotado tras un desacuerdo de dos presidentes. Aubema (de nacionalidad africana) y Huliaco (de nacionalidad estadounidense) comenzaron la Tercera Guerra Mundial, causada por el odio hacia las personas de color experimentado por Huliaco.

Todo comenzó cuando Aubema fue declarado presidente de África. Esta consiguió salir del mal estado político y económico en que estaba en el año 2020, gracias a que se creó una resistencia para liberarse de la sobreexplotación provocada por la escasez de un mineral tan cotizado como el *coltán*. Llegaron a la conclusión que no hacía falta que le donasen dinero a África ya que eso creaba

una deuda económica que, a pesar de trabajar día y noche, nunca llegarían a pagar. La resistencia fue aumentando, hasta el punto de llegar a conseguir un ejército que acabó derrocando del puesto a su anterior presidente. Durante un tiempo África no tuvo mandatario, ya que estuvo gobernada por la resistencia. Pasó de ser un país tercermundista, a ser una de las principales potencias mundiales. Fue durante doce años aliada de Estados Unidos, hasta que estos cambiaron de presidente, no por falta de votaciones, sino por el estado de vejez de dicho presidente. El nuevo presidente, Huliaco, no aceptaba que hubiesen personas de otro color que no fuera el blanco en puestos de poder: en un país, en una ciudad... en todo.

África estuvo un tiempo aislada, sin molestar a nadie, pero, eso sí, cada día estaba más cerca de ser la primera potencia mundial. Hualico no estaba de acuerdo. La envidia le corroía al saber que de un momento a otro pudieran superar a Estados Unidos. Aguantó una década. A todos nos sorprendió la capacidad de margen que les dio. Y fue ahí, en el año 2050 cuando empezó la Tercera Guerra Mundial, la que acabó con la Tierra y con casi toda la raza humana.

Porque recordemos que todavía hay gente ahí fuera...

DÍA 2

Hoy ha sido un día bastante duro, ya que no nos hemos topado con ninguna nave perdida o aliados. Aparte, a la hora de almorzar, la radio empezó a hacer ruidos bastante raros. Nos hicimos ilusiones, pero resultó ser una cucaracha que se había metido dentro y había desconectado un par de cables. Por suerte, nos deshicimos de ella en tan solo unos segundos, ya que Elías es sumamente alérgico y no teníamos ganas de que se hinchase como un globo.

Elías estaba muy raro por la noche. No quería conversar ni siquiera comer, así que, como buena persona, le obligué a contar cosas. Entonces dijo:

—A veces no es culpa de la persona que realizó el acto, sino de quién ignoró los hechos.

Me quedé impresionado ante tal acto de sabiduría. Solo con ver su rostro se le notaba la melancolía y a la vez rabia acumulada. Elías siempre ha sido una persona que adora sus cosas, una persona muy «transparente». Qué pena que tal catástrofe le haya lavado el cerebro. Muy preocupado, le pregunté durante el transcurso de la noche:

—¿Y no es culpa más bien del emisor, ya que si no hubiese ejecutado la acción no habría un receptor?

Elías me respondió con una sonrisa, la más clara y sincera que hubiese visto jamás. Me llené de júbilo en aquel momento y pude descansar la mente, pero no el cuerpo, porque no paré de intentar dirigirme a un sitio fijo, a un objetivo que lograr. Sin embargo, aunque todos los caminos lleven a Roma, recuerda, Roma ya no existe. Por desgracia, casi hemos perdido la esperanza de salir hacia delante. La única ayuda que tengo es Elías. Y él me tiene a mí, porque nos apoyamos mutuamente y solucionamos nuestros problemas juntos.

DÍA 3

Hoy ha tenido lugar la primera comunicación de la nave 6-67891 con la nave 0-00001. Sí, si aplicaste la lógica, te darás cuenta de que es la primera nave que salió al exterior después de la explosión de la Tierra. Dicha nave está compuesta por tan solo una persona: Arturo Quino Conce, de nacionalidad estadounidense. No sabemos sus antecedentes laborales. No nos quiso contar nada sobre estos trabajos, solo nos dijo su nacionalidad.

Elías al principio tuvo miedo, ya que es una persona blanca. No es porque sea racista, es el miedo que le provocaron algunos «bichos» sin alma, y eso con la cortesía de meterlos en una categoría de ser vivo. Creo que coincidíamos en eso de que Arturo no nos transmitiese buenas sensaciones, ya que a medida que conversábamos solía decir palabras como:

—Ya, pero es que hay muchos seres de «luz» que no hicieron nada —refiriéndose a personas blancas. Obviamente, es decir, he aquí una de las muchas personas vivas que siguen despreciando a personas tan solo por su color.

Si te preguntas el porqué del contexto, es el simple hecho de que estábamos comentando el destrozo causado, así que decidimos que sería mejor no andar más con personas tóxicas.

Elías me comentó:

—En este caso preferiste no tener cantidad, sino dejar de temer por aquello que posees.

Me gustó esa frase, incluso lo apunté en una libreta. Por cierto, Arturo nos regaló un kilo de chocolate negro, ya que decía:

—No me gustan ni el color ni su sabor.

Aquello nos molestó, pero no íbamos a desperdiciar el chocolate, ya que nuestras reservas de postre se han acabado. A la hora de cenar, buscando un poco de sal, encontré una muñeca de cuando era pequeño. Elías me vio que la guardaba inmediatamente y me dijo:

—Las cosas que quieres no puedes tirarlas de repente...

DÍA 4

Hoy ha sido, sin duda, el peor día desde que salimos. La radio ha dejado de funcionar, el mando de control se ha mojado por culpa de una fuga en una botella de agua que se había salido del plástico de seguridad. Estamos aún más perdidos que antes, sin comunicación ni rumbo que fijar. Bueno, eso sí, nos ha pasado algo bueno: al almorzar hemos observado restos de meteoritos y, analizándolos un poco, nos dimos cuenta de que eran de Júpiter.

Por cierto, Elías, se suministró el medicamento para que sus células se regenerasen hace unos veinticuatro años, es decir que ahora mismo le quedan dieciséis de vida. Eso si vamos contando el tiempo como si estuviéramos en la Tierra. Si, en cambio, lo contamos como en el espacio, le queda un mes como mucho...

Todavía tenemos reservas de agua y comida, aunque estoy empezando a resfriarme. Porque eso es otra, el termorregulador de nuestro dormitorio bajó ayer unos doce grados y yo iba en manga corta. Por suerte tenemos para curar un resfriado, pero si pasa a algo más grave dudo que podamos solucionarlo. Cuando explotó la Tierra las reservas se repartieron así:

Agua: la mayor parte para África, por encontrar un manantial gigantesco de aguas subterráneas.

Medicamentos: la mayor parte para España, ya que hizo un descubrimiento médico para curar el cáncer.

Comida: la mayor parte para Noruega, porque aumentó su reserva de salmón un 67% con respecto al año 2020.

Aparatos electrónicos: todo el mundo tenía aparatos electrónicos, pero los más avanzados se repartieron entre Estados Unidos y China.

DÍA 5

Hola, desde la nave 6-67891 pedimos ayuda a cualquier persona que nos esté oyendo. Nos han atrapado a Elías y a mí, igual que en la Tierra, por nuestro color. Nos tienen atrapados en la nave 10-10000, la última nave que salió de nuestro planeta.

Ahora piensa: ¿qué persona podría tener el último recurso de huida después de la explosión? Ya te lo resuelvo yo: Huliaco, la mayor amenaza para las personas de color. Por su culpa hasta en el espacio tenemos miedo de ser juzgados y dañados solo por nuestra piel. Estas personas tienen una enfermedad, el racismo. Una enfermedad que, provocada por la sociedad, te pone un «filtro» blanco que solo te hace ver la vida mediante dos colores: blanco («pureza y perfección») y negro («error y esclavitud»), aunque por suerte la humanidad ha evolucionado de forma que ya no se esclaviza a las personas de color.

Necesitamos pedir ayuda para que nos defiendan, porque solos no vamos a poder. Ahora mismo hay dieciocho personas en unas salas, obviamente todas de color. Ninguna tiene la culpa de nada. A medida que avanza el tiempo van viniendo más personas. Esto ya mismo será una cárcel, pero no te creas que el único malo de aquí es Huliaco, hay más personas que le ayudan.

Como me dijo Elías:

—A veces no es culpa de la persona que realizó el acto, sino de quién ignoró los hechos.

Salvo que esta vez esas personas sí hicieron algo: empeorar las cosas, convirtiéndose en lo mismo que quien lo provocó.

Elías está bastante mal, le cuesta pensar, reaccionar e incluso a veces andar. Todo se debe a la falta del suero. Como no ocurra un milagro, no sé cómo vamos a salir de esta, porque aquí hay personas que llevan desde que la Tierra estalló. Se rumorea que una chica está intentado escapar, pero por desgracia estas personas, aparte de racistas, son unos machistas de mucho cuidado. No creen que una chica pueda llegar a escapar, «porque es más débil que un hombre».

DÍA 6

Hoy Elías y yo hemos sido traicionados.

Arturo, la persona de la primera nave que salió de la Tierra después de la explosión nos dijo que nos podría sacar de ahí. Elías sospechaba, pero yo —iluso— confíe plenamente en él. Pudimos ir a una sala un poco más grande en la que estábamos un poco más alejados de tanta gente. Aun así había unas veinte personas, entre las cuales estaba la chica. Había más chicas en la anterior que en esta, pero allí estaba ella. Una chica de estatura media, ojos azules y pelo castaño. En su mirada se reflejaba ira y fuerza. Pudimos hablar con ella y afirmar que se iba a escapar. Lo tiene todo planeado:

a) Primero, abriré la cerradura de la sala en la que nos encontramos. Lo hará con un microchip que funde la pequeña cerradura. Este dispositivo alcanza una temperatura de más de 1.000.000 de grados centígrados.

b) Segundo, realizará el mismo proceso para la otra sala e iremos todos juntos a la zona de los guardias, en la que nos uniremos en contra de ellos. Bueno, esto si nadie de los presentes resulta ser un traidor, como Arturo.

c) Tercero, recorreremos los pasillos hasta poder realizar un mapa, para después salir de la zona de mandos y también meteremos a los guardias en las salas en que ellos nos tienen metidos.

d) Cuarto, iremos donde está Huliaco, una zona apartada de la nave.

e) Quinto, iremos a la zona de mandos donde, desgraciadamente, no sabemos qué enemigos nos encontraremos. Nadie ha ido todavía.

f) Por último, tomaremos el control de la zona de mandos y marcaremos un rumbo fijo hacia algún destino. Todavía no sabemos cuál va a ser.

Hemos perdido la cuenta del tiempo, ya que nos quitaron nuestros relojes cuando entramos en la sala. Para que no nos demos cuenta del verdadero tiempo que nos queda antes de ser liberados.

Ahora te voy a contar por qué Arturo es un traidor. En primer lugar, nos había dicho que nos sacaría de allí, pero aún no ha venido por nosotros y, segundo, nos dijo que nos podría traer una comida mejor y, obviamente, esto no ha sido así.

Lo que más me ha dolido es que nos dijo que podría darle a Elías un poco de suero regenerador. Me da igual que sea un traidor o no, lo que no voy a permitir es que juegue con los sentimientos de una persona que está en esta situación. Tengo que reconocerlo, cada vez que Elías me mira siento que soluciona todos mis problemas. La única razón que tengo para seguir luchando es él, porque nos merecemos tener una vida en la que seamos felices. Juntos, sin nadie que nos juzgue.

DÍA 7

Hemos realizado el primer y segundo paso del plan. Pudimos fundir las cerraduras de las dos salas, que perfectamente podrían llamarse cárceles. Ya hay más de cuarenta y siete personas encerradas, casi sin poder respirar y todas en mal estado, como Elías, por falta de suero. Los que llevan más tiempo en la nave se saben los horarios de los guardias y por eso pudimos abrir las salas sin que nos viesen. Gracias a ellas hemos mantenido el factor sorpresa, que es tan importante en esta misión.

El grupo, liderado por la chica, estaba muy concentrado en salir de allí. Me dio alegría ver que las personas que la habían juzgado se estaban comiendo sus palabras. Quedaron impresionados ante el control que mostraba la chica. No pudimos realizar el tercer paso, porque los

guardias hoy hicieron unos turnos extras, ya que Huliaco no estaba presente en la nave. Según me comentó Elías, estaba realizando un transporte de suero regenerador. Y con todas mis ganas le dije:

—Si lo que escuchaste es cierto, te prometo que, cuando realicemos el tercer paso, iremos a por ese cargamento y viviremos los dos felices para siempre.

Él me respondió con una sonrisa y una lágrima. Yo me emocioné y no pude contener las ganas de llorar ante tal acto de verdad. Volviendo al plan, regresamos a nuestras salas y debimos poner un poco disimulado el candado. Por suerte, no se dieron cuenta.

Por cierto, Usue, una de las personas más viejas de las dos salas me dijo el nombre de la chica: Jaqueline Bravía Liono. La pobre Usue se quejaba de que los nombres son todos muy raros. Me hizo mucha gracia, me alegró el día ver que ella era feliz con algo tan sencillo como estar con personas.

DÍA 8

Hoy hemos realizado el tercer y cuarto paso, y nos hemos llevado una gran sorpresa. Empezamos por la noche, sobre las tres de la madrugada. Los guardias se habían ido a dormir. Nosotros salimos hacia la cabina que abría las compuertas de las dos salas y daban acceso a toda la nave. Había una persona vigilando, pero a los cinco minutos se fue a dormir y aprovechamos para salir.

Empezamos a trazar el mapa con una *tablet* que encontramos en la cabina de la compuerta. El plan lo dibujó una chica llamada Agatha, muy maja, por cierto. Esta vez también estuvieron en desacuerdo con eso de que lo pintase una mujer, porque había personas que creían que debía hacerlo un hombre. Elías salió en defensa de Agatha y todo el mundo se calló. Me sentí muy orgulloso, la verdad.

Trazamos el mapa y después nos dirigimos hacia la sala de los guardias. Juntos pudimos atacar a un guardia por persona y los llevamos hacia las salas en las que ellos nos habían metido antes. La verdad es que no eran muy duros. Nada más vernos se echaron las manos a la cabeza y fueron bastante sumisos.

Después fuimos a la cabina en que se encontraba Huliaco. Parecía la Tierra y sentimos mucha nostalgia. Le susurré a Elías en el oído:

—Allí estaremos cuando escapemos.

Nos dividimos en dos grupos. Uno fue a por el cargamento de suero, en ese estaba Elías. En el otro estaba yo, y fuimos a por Huliaco. Temió por su vida, pero, aun así, no le hicimos daño. Solo lo encerramos en la sala donde tenía el suero.

Elías se tomó su suero e inmediatamente se sintió genial. Después dormimos en la sala de los guardias. Se estaba de lujo.

DÍA 9

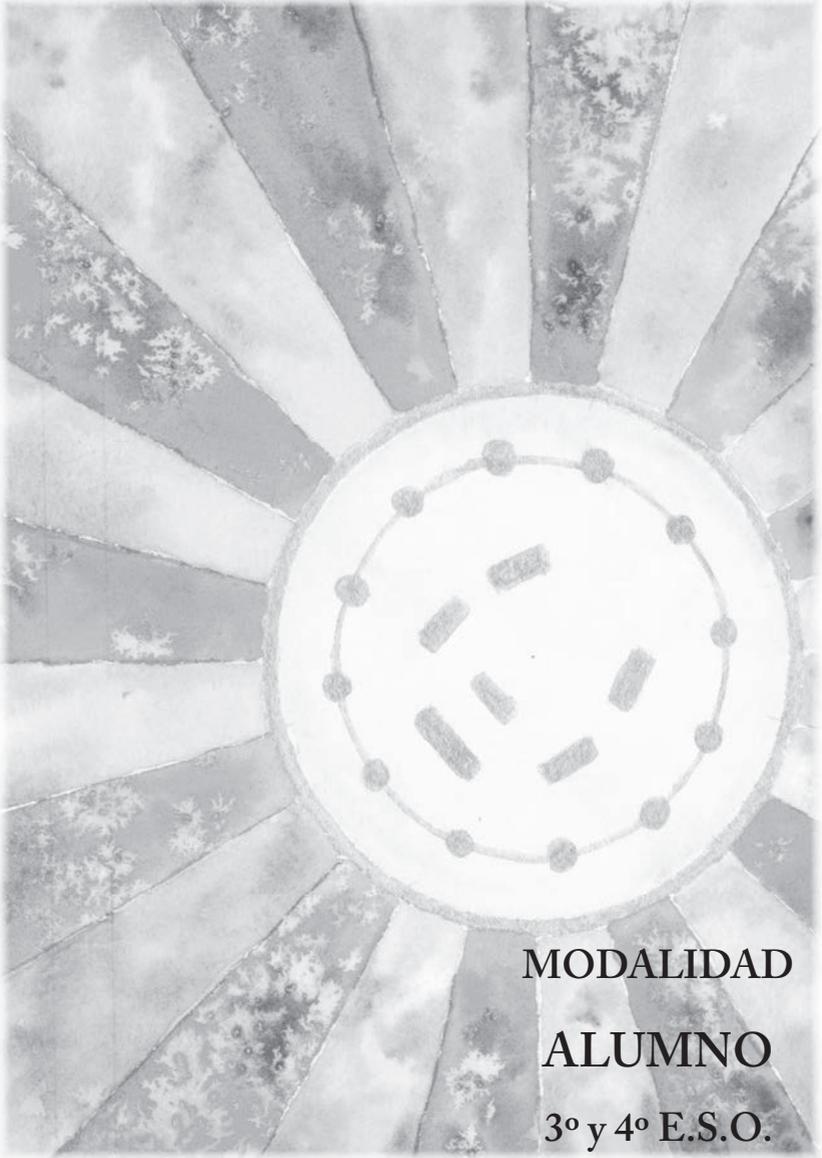
Hemos realizado el quinto paso y fijado un rumbo. Empezamos por la madrugada a la misma hora de ayer. Salimos directamente a la zona de mandos y allí nos encontramos con un montón de personas que estaban bajo coacción de Huliaco. En cuanto nos vieron se alegraron un montón. Nos dejaron marcar el rumbo que quisimos y por obra del destino pasamos al lado de un planeta con condiciones similares a la Tierra. Con el suficiente oxígeno para que pudiese vivir una población igual a la de nuestro planeta. Además con agua, pero aun así tenía una atmósfera muy primitiva, ya que había volcanes. Dinosaurios no había, aunque sí peces y algunos animales. Todos cogimos las cosas que pudimos y salimos inmediatamente. Tenía una estrella similar al Sol, así que la nombramos Sol B.

Elías dio este discurso a todos:

—Nos juzgaron por nuestro color en tiempos pasados, algunos juzgaron a otros por su género e incluso a mí me dijeron que parecía «tonto». Eso se acabó. Ahora empieza una nueva generación, en la cual todo lo que pase no estará dominado por la envidia y la aspiración al dinero. Ahora comienza todo...

En cuanto acabó su discurso le dije «Te quiero».

Ya no nos separarán jamás y podremos ser felices siendo lo que somos, personas.



MODALIDAD

ALUMNO

3º y 4º E.S.O.





HUMANAS

PRIMER PREMIO

AIDA FERNÁNDEZ ROT

4º E.S.O.

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO (ÉCIJA)

LA HABITACIÓN ME PROVOCABA MAREOS. ERA DEMASIADO BRILLANTE y al mismo tiempo había muy poca luz. El suelo estaba limpio y brillaba reflejando el halo de las bombillas titilantes que, como las de los árboles de navidad que se veían meses atrás, cambiaban de un naranja meloso a un rojo intenso cada pocos segundos, gradualmente. Sobre el suelo, al menos en la parte más cercana a la cama, había alfombras de colores que no encajaban con la decoración y que estaban para amortiguar los ruidos de las patas al moverse desenfrenadamente. La tela estaba ajada en los puntos en que más se solía rozar y tenían parches de algodón, algunos brillantes, que eran parte de los antiguos trajes de algunas compañeras.

En la parte más alejada de la habitación había un contador. Era pequeño, casi invisible entre la ostentosa decoración de plantas falsas y enormes lámparas apagadas. Estaba programado para dos horas y eso me dio ganas de vomitar. Quería morirme.

Me agarré las piernas, intentando mantenerme serena y la falda corta ascendió un poco más por mis pantorrillas. Era incomodo y, aunque no iba a durar mucho, no resultaba agradable estar tapada solo con eso. Me sonreí de mí misma al ver que me quejaba de la ropa. Tenía cierta gracia. Sacudí la cabeza y sentí las horquillas del complicado peinado que Krysta, una joven polaca de veintipocos años, me había hecho media hora atrás. Una vez le pregunté por qué, simplemente, no nos presentaban desnudas. Era más cómodo y ellos ahorrarían un tiempo que no tendrían que pagar.

Krysta fue bastante sincera:

—Pagan por el lote completo, incluido el envoltorio. Una vez conocí a un cliente que disfrutó más quitándome la ropa, que conmigo.

Krysta había llegado de una forma similar a la mía, años antes. Era un año menor que yo y, según ella, eso se paga. «Ni siquiera me

golpearon —insistía—, valemos más sin moratones». Ella era de una región de Polonia, de Wroclaw, lejísimos de la capital. Es raro, porque la mayoría de las putas vienen de alguna parte del centro, de la discordia. Su español, como el mío, era siseante y brusco, sin matices. Horrible, en resumen. Pero no hace falta hablar mucho en nuestro trabajo, con las palabras claves te apañas.

Sentada en esa cama las recordé y mis mejillas se tiñeron de un rojo carmesí preocupante, muy parecido al que adquieres antes de un golpe de calor.

Oí pasos, pesados, muy diferentes a los que daban las chicas, o los jefes. Ellos andaban con una elegancia inmerecida, repugnante, con sus trajes y su pelo bien arreglado. Estos pasos eran torpes, los pasos de un borracho. Lo normal. Era mi primera vez, pero había bailado antes en el escenario, durante los pases de las nueve a las once, y muchas veces antes de entrar a una habitación se bebían su peso en whiskey, cerveza y otras bebidas alcohólicas. El aliento les olía a muerto, según algunas de mis compañeras jóvenes. Kalia, de Ucrania, se había estrenado una semana atrás. Ella insistía en que el tacto y el aliento de aquellos desalmados le recordaban a las cloacas del pueblo de su abuela.

La puerta metálica, recia, hecha para que no pudiéramos huir, rechinó y, con miedo, cerré los ojos.



Nací en Kursk, una región de la Rusia noroeste tan civilizada. Éramos fronterizos con Ucrania y, aunque aseguran que no, de vez en cuando alguien aparecía muerto. A diferencia de Krysta, que nació tan lejos del núcleo de Polonia, Kursk no estaba tan distante de Moscú como otras zonas más grandes y nunca solía pasar nada fuera de lo normal. En Rusia había accidentes de coche todos los días y a menudo hay que ir al tanatorio por alguna vecina o por el hijo de alguien, o la hija, la sobrina, el nieto o el padre de un conocido. Estábamos acostumbrados. Mi padre no tenía coche, por lo que lo ridiculizaban. Trabajaba en una empresa de residuos y con frecuencia mentíamos sobre su trabajo. Mi madre era profesora en

una escuela de Lgov, cerca de casa, e iba en autobús, que en Rusia es barato, aunque poco seguro.

Por mi abuela me pusieron Viktoriya y mi madre solía llamarme Viky, cosa que no hacía demasiada gracia a mi padre. Hasta los trece o catorce años, mi abuela paterna me llamaba Dovol'no Viky, pero después falleció. Mi abuela había pasado mucho y era viuda, así que hasta cierto punto me alegré por ella. Por su muerte.

Cuando cumplí los dieciséis, hace siete meses, mi madre fue despedida del trabajo, porque a menudo llegaba tarde debido al autobús. Mi padre la culpó y durante una semana ni siquiera la dejó comer, hasta que llegó un punto en que mi madre no se podía levantar de la cama. Entonces volvimos a la normalidad, solo que con un sueldo menos. En Rusia puedes dejar la Educación Secundaria a partir de los quince años, siempre que tus padres estén de acuerdo. Normalmente, pocos dejan la escuela, ya que es gratis, pero mi padre decidió que eso de ir al instituto no servía para nada, así que me quitó.

No me preocupa demasiado. Nunca había sido ni buena ni mala en los estudios, pero era guapa, y eso a veces traía problemas. Mi padre se alegró de que todos aquellos contratiempos hubiesen desaparecido y empezó a pensar cómo sacarme rentabilidad. Sin Grado de Madurez, un título que indicaba que había terminado la Secundaria, no podía acceder a un trabajo bien remunerado. El suyo era de cuarenta rublos y esperaba conseguir para mí uno de quince o veinte.

Viendo lo que se me venía encima, escape. Fue algo infantil, una mala idea, la peor decisión de mi vida. Mi padre me habría puesto de limpiadora o de dependienta en una tienda de mala muerte, con el alcohol a precio de harina y tabaco de marcas extranjeras prohibidas. En perspectiva, era mejor idea que la realidad actual.

Sin embargo, con el dinero que tenía ahorrado, veintitrés rublos, decidí escapar e ir a Moscú para ganarme la vida. En realidad no sé qué estaba pensando. No estábamos en 1920, ni yo podía hacer gran cosa, pero en mi cabeza rondaba la idea de que ir hasta Moscú, una ciudad atestada, me solucionaría la vida. Y si no, siempre podía suplicarle a mi padre. Me estaba planteando esa idea un solo día antes de que todo sucediera.



Se llamaba Grigor y tendría cinco años más que yo. Era amable, juvenil y carismático, nunca dejaba de sonreír. En principio, fui hasta cauta. Tres días después de llegar a Moscú, deambulando por las afueras, se me acercó un chico guapísimo, al nivel de un modelo, y me preguntó mi nombre y qué hacía en la ciudad. Evidentemente, sospeché. Pero llegados a un punto, con solo tres días en Moscú y con un cuarto de mi dinero gastado, no pude evitar que me cayera bien. No me dijo su apellido y yo tampoco se lo pregunté. Me llevó a su casa, un piso semivacío que compartía con un amigo que en ese momento no estaba, y me dijo que podía usar el dormitorio de este mientras no volviera. Le pregunté qué le debía. El simplemente negó con la cabeza. Decía que la idea de cobrarme le parecía ridícula. Yo no entendía a qué se refería.

Dudo que fuese mala persona el tal Grigor. Solo era un niño sin dinero y asustado, como yo, pero él no podía ofrecer lo que yo con solo ser mujer. No hay tanto mercado para ellos como para nosotras. En momentos de desvarío, me siento orgullosa de eso. Llevaría como mucho seis meses en esto, ya que escuchando los relatos de otras chicas me di cuenta de que Grigor cometió muchos errores. Errores de novato, tengo que decir. Ellas insistían en que se esfuerzan en parecernos atractivos, para que caigamos, pero no establecen demasiado contacto, porque si nos tocan... mucho, perdemos valor. Grigor me abrazó y durante la tercera noche que pasamos juntos incluso me besó. Le caí en gracia, tal vez. Y cuando se acercó por primera vez a mí, iba sin arreglar, sofocado, como si hubiese estado corriendo. Nada espectacular. Eso me vuelve incluso más idiota, ¿no?

No pasaba mucho tiempo en la casa.

En realidad, no pasaba nada de tiempo en su apartamento vacío, idéntico a otros cien mil en Moscú. A mí, tonta e ingenua, me parecía bien que no estuviera, porque en cierto modo prefería estar sola que con él, me sentía más segura. También hay que añadir que supuestamente empiezan a comerte la cabeza con la idea de un trabajo bien remunerado y seguro desde el momento cero, pero

él tardó tres días, después de volver con la cara llena de moratones y cortes. Era vacilante, inseguro. No quería decírmelo, y a mí me hubiese gustado que no lo hubiera hecho. Pero lo hizo, atascándose con la explicación de su bien aprendida mentira. Recordándolo, me da entre pena y ganas de pegarle un puñetazo. Era demasiado lento para el trabajo. Dudo que siga vivo.

Acepté sin pensarlo. Creo que si me hubiese ofrecido tirarme por un puente habría aceptado. Si me hubiese pedido que vendiera alcohol y tabaco en un lugar como Moscú, donde es mucho más fácil que te pillen, hubiera dicho que sí. Las adolescentes medio enamoradas y agradecidas hacemos tonterías.

El trabajo era sencillo. Poner copas en un club. Trescientos rublos la semana. Sin ningún problema. Solo teníamos que ocultar que era menor. Él podía conseguirme un carnet falso gratis, ya que se lo hacía un amigo. Era una cantidad de dinero enorme. Un profesor de secundaria gana en Moscú cerca de trescientos veinticinco rublos al mes. Imaginaos. ¿Sabéis que acepté antes de incluso sabes de qué iba el trabajo? Ja, a veces me hago gracia a mí misma. La discoteca se llamaba Doch' Rossii, en una burda traducción, la hija de Rusia. Tiene más connotaciones. Tendría que haberlo imaginado.

En ese momento estaba tan feliz, tan excitada por la idea de tanto dinero junto, que se me pusieron las mejillas rojas de alegría, y podría haberlo besado. No lo hice, pero en mi mundo de flores y canciones para niñas romanticonas, él era mi salvador. Y yo su princesa. Todo iba a irnos estupendamente. Y años después, ya casada, con estudios e hijos, irá a ver a mi familia, y me llevará a mi apagada madre conmigo.

Nos encontraríamos en la estación de tren con la gente que buscaba una nueva trabajadora, tres días después, a medianoche. Pregunté dos cosas esa noche. Para mí, la primera era más importante que las segunda, cuando, tal vez, tendría que haber insistido más con la realmente importante.

—¿Por qué la anterior ha dejado el trabajo? —quise saber.

—Se ha casado —contestó él.

Eso contribuyó a mi paranoia. No era una tontería mía, pasaba de verdad. Yo le añadí detalles: que era una joven de un sitio cercano a Moscú, pero sin ser de Moscú, como yo, que era morena y

que tenía los ojos grises, como yo, y que pronto tendría una familia, como yo, al menos en mis sueños.



Llegado el momento, no podía quedarme quieta. En los últimos días Grigor se había vuelto distante, pero yo no lo conocía de nada. Tal vez le sucedía de vez en cuando. Cambios de humor. Puede que yo no fuera simplemente tonta, tal vez soy hasta imaginativa. Su casa vacía y blanca me parecía prácticamente un hogar, e ideaba cómo meter una cama grande en el dormitorio de Grigor, cambiar su armario barato por uno de doble puerta, para los dos, y de qué color pintar la habitación del niño, aunque eso no me atrevía ni a murmurarlo en voz baja, por miedo a asustarlo.

Esa noche hacía un frío brutal. La piel se me congelaba y el abrigo que él me había prestado parecía de papel. Me pidió que no cogiera nada y me dijo que no tenía ni que molestarme en ducharme. Sonriente, lo seguí por calles que no se parecen en nada a las que aparecen en las guías turísticas o en la televisión. Con la sangre fluyéndome a toda velocidad, pero congelada, me contenía para no dar saltitos. Tenía que parecer mayor, más sería. Más como ahora.

La estación estaba vacía. No vi mucho en realidad. Pero recuerdo una cosa clara, clavada para siempre en mi memoria. Grigor mirándome fijamente, con un fajó de rublos en las manos.



Lo racional hubiera sido enfadarme cuando horas después desperté, con un dolor de cabeza tremendo y metida en una caja metálica gigante pintada de azul. Por dentro parecía un nido de ratas. Me acompañaban al menos diez chicas, todas asustadas y confusas, y hablando de sus Grigors. Alto, guapo, fuerte, ayuda y... fin. Verlas así, desvariando, me despertó de golpe. Me sentí idiota, pero menos que el resto de ellas. La única que parecía darse cuenta de todo era una tal Nikoleta, una chica guapa, de Moscú capital, que

llevaba el pelo teñido de pelirrojo, aunque se le notaban las raíces de un tono rubio sucio. Era nueve meses mayor que yo y no tardó en decirme lo que nos estaba pasando. Yo me había percatado de que algo malo había ocurrido. Pero la idea de trata de blancas, no sé por qué, no se me había venido a la cabeza.

Prostitución. Una palabra acorde... Laceración.



Supe a dónde íbamos una semana después de empezar el viaje. Durante esa semana comimos fruta y pan que nos pasaban cada ciertas horas. «Para que no os pongáis gordas», decía la voz que nos lanzaba la comida, antes de reírse. A mí me recordaba al villano de barrio que trabajaba para el malo de verdad, en una de esas series de cuando era pequeña.

«Ispaniya». Lo pronunciaban de forma extraña. Una chica ucraniana que había dado inglés durante su etapa primaria lo tradujo de forma seca. «España». Sinceridad absoluta, yo no sabía nada de España. Era un país desconocido para mí, pero que al parecer tenía que pagar bien por las putas. A una chica se le encendieron las orejas y dijo algo, aparentemente encantada. No la entendí, yo nunca he hablado árabe.

Tardamos una semana y cuatro días en recorrer la distancia. Íbamos lento para no llamar la atención, eso era evidente. Poco a poco me hice amiga de Nikoleta, que añadió, días después, que prefería que la llamase Niko. Yo le dije que, para mí, prefería Viky. Después de dejar aquel contenedor metálico azul con olor a sal, nunca volvía ver a Niko.



¿Sabes lo que se siente cuando te tocan sin pedir permiso? No con confianza, como la que se tiene con un amigo. Más bien con esa seguridad que tienes al coger un libro, un bolígrafo o una taza. Al coger un objeto que no puede quejarse. Te sube la bilis por la garganta, solo por la anticipación, sin necesidad de que te toquen

en zonas poco comunes. Con que te rocen un brazo, ya te explota la cabeza.

Nos evaluaron. Más alta, más guapa, más fea, gordita o con algo desajustado. Ninguna con pinchazos, todas limpias. Y nos dividieron. Lo mejor de lo mejor, para Barcelona, Madrid e Ibiza. Lo menos potable, para los pueblos o la reventa. Aunque me avergüence de ello, me catalogaron con las chicas que iban a Barcelona y, en cierto modo, me gustó. Era guapa. Alguien me lo había reconocido. Fuera o no fuera un proxeneta.

La primera vez que vi el local me asusté. Estaba disimulado, no destacaba. Tú no hubieses dicho que era parte de una red de prostitución. Hubieses pensado que era un bar a las afueras, no otra cosa. Eso hizo que una esperanza vana que se había formado en mí se apagara definitivamente. No iban a salvarnos. No nos encontrarían. Y si lo hacían, dudé de que de verdad vinieran a por nosotras. España no era mi país, era su país. Yo no tenía derecho a alzar la voz. No tenía derecho siquiera a pensar en lo que estaba pensando.

Dentro de aquel suburbio nos evaluaron de nuevo. Separaron a las mayores de veinte, vírgenes o no, y las pusieron a todas a bailar por la tarde, turnos de compañía, y finalmente a servir copas a las tantas de la madrugada. Yo sabía que a mí me tocaría algo igual y, no sé por qué, no me invadió la furia. Fue algo así como el desaliento, una resignación que no tardó en convertirse en asco, en planes de escapadas y, una semana después de mi primera vez, en muerte.



La puerta metálica cedió al fin. Se me cortó la respiración, haciendo que dejasen de importarme el vestidito, las horquillas o el exagerado maquillaje. Me aferré a ese envoltorio, deseando que no me lo quitaran. Era mi escudo, una libertad no libre que los villanos me habían dado.

El hombre era hosco y llevaba la barba mal cortada. Por un momento lo confundí con mi padre, allí en Rusia, y con un profesor de primaria que tuve, que nunca me dejaba salir al patio. Me vi a mí misma rememorando viejos recuerdos mientras la puerta se abría.

La lucidez me abandonaba. Cuando estaba cara a cara con él me invadió la adrenalina, el instinto de autopreservación, que se lanzó contra él casi antes que yo.

Supé que era una mala idea, pero por una vez desde que esta historia empezó, felicité a la yo de mi pasado, idiota e infantil, que luchó, al menos por un segundo. Los hombres que lo acompañaban, copias uno del otro, me lanzaron hacia atrás de nuevo y, por un instante, me sentí humana.



ENTRE LA ARENA Y EL MAR

SEGUNDO PREMIO
(EX AEQUO)

PEDRO AGUILARA SÁNCHEZ

4º E.S.O.

EE. PP. SAGRADA FAMILIA — ÉCIJA



LA SUAVE BRISA DEL MAR ACARICIÁNDOLE EL ROSTRO, LAS FRESCAS gotas de agua y el penetrante olor a sal: ¡ah!, el mar. Si todo fuera tan fácil como dejarse llevar por vientos y mareas sin aparente rumbo fijo, observar las brillantes estrellas fugaces en su efímero periplo por la bóveda celeste o rememorar aquella graciosa cara maternal, ya casi perdida en los insondables abismos de la memoria, pero no, para Basim todo se reducía a una única cosa: huir, pero, ¿huir de qué? ¡Ay, amigos míos!, veo que no conocéis la historia de este niño que, como su propio nombre indica, es el hombre que sonríe a la vida.

El polvo se elevaba en el aire como un mal presagio y, a lo lejos, se escuchaba el retumbar de los cañones y el mortífero fragor de las armas acercándose. Alguien, en algún lugar próximo, pareció percibir lo mismo y dio la voz de alarma. Lo siguiente que Basim vio fue el caos, algo que en sus diez años de vida solo había conocido en las historias que cada noche le contaba su madre antes de fallecer, hacía ya un año. Una gran avalancha de personas se cernió sobre él, llena de aquello que puede movilizar a una ciudad entera: el miedo. De repente, un desconocido chocó contra él y lo derribó junto a la pared en la que estaba mendigando; no sintió el impacto contra el árido terreno. Para cuando este se produjo, ya había perdido el sentido.

No supo cuánto tiempo pasó, pero el frío roce de un objeto desconocido lo sobresaltó. Se encontraba desnudo frente a un hombre de pelo castaño y piel clara, con profundas arrugas que le surcaban el rostro y una barba larga, oscura como sus ojos, unos ojos que lo escrutaban y en los que vio avaricia, perspicacia y, sobre todo, asco. La nariz era gruesa, a juego con una única ceja que le recorría la frente. Sin ningún miramiento, lo golpeó duramente con su cayado, una firme pieza de madera que había visto tiempos mejores y que,

aunque estaba carcomida, aún se mantenía robusta. El chico se palpó el cuello. Al no encontrar su amuleto se incorporó en seguida. Dolorido y con el muslo derecho enrojecido, se dirigió con paso titubeante hacia su agresor, pues semiescondida entre los pliegues de su túnica había visto cómo asomaba su particular tesoro: una media luna de cuarzo engarzada en una cuerdecilla de lino, una joya familiar que su padre le había legado antes de marchar a la guerra cuando él solo tenía tres años, y antes que él su abuelo, y así a lo largo de las generaciones. No solo había perdido su ropa y tres monedas, fruto de la caridad de sus vecinos, sino también su luna a manos de aquel desconocido que ahora lo instaba a seguirlo. Al ver que el muchachito oponía cierta resistencia, el bastón volvió a hendir el aire con un silbido que terminó con un golpe seco en la testa del chiquillo. Para Basim el mundo volvió a perderse entre las sombras.

Mientras estuvo inconsciente, Basim soñó con su madre, un rostro que cada noche reconstruía en su imaginación para no olvidar sus curvas, sus ojos, sus labios, su voz.

Entonces, el retrato comenzó a hablarle con dulcísima ternura:

—Basim, hijo mío...

—Madre, tengo miedo.

—No, Basim, has sido y serás muy valiente. Recuerda, yo siempre estaré contigo.

—Pero, madre, ¿qué puedo hacer yo solo en este inhóspito lugar? Solo quiero descansar; por fin.

—Mi niño... Mamá está muy orgullosa y está segura de que el futuro te depara cosas grandiosas, pero para que eso llegue tienes que vivir y afrontar tu presente. Ahora debo irme...

—Mamá...

—Te quiero.

El pequeño no quería despertar, desearía quedarse allí, con su madre, observando esa fina comisura de sus labios que le sonreían con afecto; creía incluso percibir el delicado aroma del hogar al que ya nunca volvería. Sin embargo, el rostro se evaporó y dio paso a una cegadora luz cenital que terminó por desperezar al chico, que tenía una gran sonrisa dibujada en los labios.

A su alrededor vio forraje y otros utensilios como una hoz; además, por el traqueteo del suelo dedujo que se encontraba en

un carromato cuando, *mmmuuu*, sobresaltado, se giró para ver una enorme vaca blanca con una fea mancha en el vientre que lo había confundido con un saco de heno. Se encontraba desnudo, pero le habían dejado unos remendados harapos a su vera, por lo que rápidamente se los puso para recuperar así un poco de la dignidad perdida. Súbitamente, la carreta se detuvo y oyó pasos acercándose; la cortina de la parte trasera de la estancia se abrió y dejó ver al dueño del convoy: el desconocido sin nombre.

El hombre entró en la estancia y dedicó a Basim una mirada de soslayo en la que dejaba entrever la repulsa que le causaba el chico. Se dirigió a la vaca y se dispuso a ordeñarla. Agarró un cuenco que hasta entonces había pasado inadvertido en un rincón y el blancuzco líquido no tardó en rebosar; a continuación, sacó un sucio vaso de uno de los bolsillos de su túnica beis y lo llenó, se lo tendió a Basim junto a unas sobras de pan duro y se marchó. Hasta ese momento, el niño no se había dado cuenta del hambre que tenía. Estaba acostumbrado a contentar las quejas de su pobre estómago con aire hasta que conseguía las miserias que las calles de Bagdad podían ofrecerle. En el mejor de sus casos, lograba matar una rata o robaba algo del mercado, pero normalmente pasaba mucha hambre, así que aquello le supo a gloria. Se tomó su tiempo para saborear al máximo el pequeño banquete que se le había presentado. Cuando hubo terminado, intentó levantarse pero sintió una resistencia en el tobillo acompañada de una punzada de dolor: tenía una cadena que lo mantenía prisionero, así que se acurrucó en una esquina, impotente.

El tiempo pasaba lenta e inexorablemente en la caravana, el caluroso verano que el chico conoció en libertad se había tornado marrón con la llegada del ventoso otoño. La monotonía se había apoderado de la rutina de Basim, solo interrumpida por la presencia de aquel extraño que cada cierto tiempo aparecía por el vagón, unas veces para cuidar al animal y otras para desfogarse con el muchacho, que tenía que soportar que el bastón lacerase su piel como lo haría un látigo, dejando feas cicatrices en todo su cuerpo. Además, la «generosa» ración diaria se había visto seriamente diezmada hasta el punto en que simplemente sobrevivía a base de una comida al día, una hogaza de pan rancio y medio vaso de agua de aspecto sospechoso. Asimismo, muy de vez en cuando hacían breves escalas

en otros pueblos asolados por la destrucción, donde el hombretón recogía todo aquello que le pudiese servir, entre estas cosas, niños.

Había pasado un año y ya iban casi cien niños en la caravana. Basim había crecido bastante durante este tiempo, no solo física sino psicológicamente. Las circunstancias lo habían convertido en un apuesto muchacho de miembros delgados pero fuertes, aunque no más que su carácter decidido y benévolo con todos los chicos que se iban uniendo al convoy. Era una especie de hermano para todos, indistintamente de su procedencia o color. Además, estudiando los rasgos de los diferentes chicos que se iban uniendo al viaje y que, debido a la gran multitud, lo habían desalojado de su vagón, era capaz de ver la ruta que seguían. Habían estado en Siria, en las ciudades de Damasco, en el Líbano, donde recogieron un gran grupo de niños. A continuación, marcharon hacia Arabia Saudita, aunque su estancia allí fue breve, ya que en la frontera los asaltaron y tuvieron que dar la vuelta. Tras este breve paso por el país, Mustafá recibió una llamada telefónica a su viejo armatoste y Basim, que se encontraba a sus pies tras ser apaleado violentamente, pudo escuchar una conversación que marcaría su destino como no lo hizo el rastrero látigo de madera que con tanta frecuencia dejaba su brillante rúbrica escarlata en sus miembros.

—Por fin me llamas, Hamad, estoy harto de dar vueltas por estos países de mierda.

—...

—¿Egipto? Perfecto, allí te entregaré el material, dame un mes para llegar.

—...

—Vale, vale, yo les saco las fotos a este atajo de inútiles y ya tú les buscas el transporte.

—...

—Y que lo digas, de esta vamos a sacar un buen pico, Hamad, y dejaremos el negocio para siempre.

—...

—Nos vemos en un mes entonces, en el sitio de siempre. —Y mientras se guardaba el dispositivo en el bolsillo—: ¿Y tú qué miras, escoria negra?

Lanzando un puntapié contra Basim abandonó la estancia. Pero al muchacho poco le importó: iba a ver Egipto, el país de las pirámides.

El desierto, un árido mar de arena en el que surgen como gigantes dormidos las pirámides, desafiando al mismísimo tiempo. La primera vez que Basim vio semejantes maravillas del mundo antiguo y nuevo no pudo reprimir en su pecho un grito de libertad, que le costaría unos azotes y la comida de los siguientes días. Cuando llegaron al Cairo era noche cerrada. Debían evitar a las patrullas de policía y a las redes contra el tráfico infantil que peinaban todos los países cercanos a conflictos bélicos. Por ello Mustafá era un consumidor especialista en la noche, se desenvolvía en ella como pez en el agua, siempre abrigado por el oscuro manto con el que da amparo a vicios y malhechores. El mercader los dirigió por las sombrías calles hasta la periferia de la metrópolis, a la orilla más apartada y recóndita del Nilo. Allí los aguardaba una rudimentaria barcaza y, frente a ella, un hombrecillo escuálido que estaría rapado al cero de no ser por la coleta que le caía sobre los hombros. Todas sus facciones eran afiladas: nariz, boca, mentón y sobre todo sus ojos, unos ojillos oscuros pero brillantes como luceros y que encerraban un alma igualmente negra, si no más lóbrega y tétrica.

Los hicieron pasar al interior del gigantesco monstruo de madera, no sin antes haberlos cacheado más de lo que sería necesario. Una vez dentro, los condujeron a la bodega del barco, un lugar tenebroso en el que olía a cerrado, a madera húmeda, a brea... A pesar del hedor, Basim consiguió que todos mantuviesen la tranquilidad y se acomodasen para dormir tras jornadas de largas caminatas de sol a sol. Él se acurrucó en una esquina y trató de conciliar el sueño y perderse en los dominios de Morfeo.

Esta vez no acudió su madre a sus sueños para reconfortarlo como cuando todavía era un niño. En su lugar apareció la figura de una niña de tez blanca como la nieve. Era preciosa. El rostro era esbelto; la sonrisa, contagiosa, con una naricita perfecta y un pelo de caramelo recogido en una graciosa coleta. Pero lo que más le gustó fueron sus ojos, unos bellísimos ojos glaucos, dos bombones de avellana misteriosos como el desierto profundo. De pronto, la niña sonrió y pudo ver una hilera de dientes blancos como el marfil. Pero tan pronto apareció, la chiquilla se esfumó como solo ocurre en los mejores sueños. Mas fue suficiente para que en el corazón de Basim aflorasen nuevas fuerzas y es que, aunque él por entonces no lo supiera, se había enamorado.

El despertar no fue tan placentero como lo había sido el sueño, ya que a la mañana siguiente, los traficantes fueron a buscarlos.

—Buenos días, niños, espero que hayáis dormido bien, veo que aún no nos conocemos. Mi nombre es Hamad. A continuación vamos a llevaros a un lugar seguro, pero para ello abandonaremos el barco y nos dirigiremos hacia Libia. Tengo unos amigos que seguro que estarán encantados de conoceros.

—¿Y quién nos asegura tal cosa?

—¡Uuuh! Un chico atrevido, por lo que veo. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Basim.

—Bien Basim, cuentas con mi palabra de honor de que no os sucederá nada malo mientras estéis conmigo, pero ahora, ¡todos fuera del barco!

En perfecto orden, la multitud se fue agrupando, dando como resultado dos filas de niños de edades comprendidas entre los seis y los catorce años. Cuando las dos hileras se pusieron en formación, la enorme barcaza echó anclas en el fondo del Nilo, varando en la orilla más cercana. Mustafá y Hamad, montados en dromedarios, se pusieron uno al frente y otro al final de la comitiva para controlarla y echaron a andar por medio de la nada más absoluta, en dirección al país con la mayor reserva de petróleo del continente: Libia.

Las amplias llanuras, otrora fértiles y fecundas, que recibían con los brazos abiertos el abrazo de las aguas del río más largo de África, ricas en vegetación y fauna, habían visto cómo el cauce y el caudal del río mermaban; cómo la flora desaparecía progresivamente y solo quedaba desierto; un espacio cambiante y caprichoso como el viento que peina y despeina a su antojo los diminutos granos de arena cual cabellera de oro; un lugar despiadado para toda forma de vida que se atreviese a cruzar sus dominios, custodiado por Helios de día y por Selene en las noches, donde el calor más asfixiante y el frío más helado convivían en una equilibrada y frágil armonía, cuyo monacal silencio sobrecogió a Basim la primera vez que puso un pie en la finísima alfombra del Sáhara.

El viaje fue duro y extenuante. De vez en cuando, Hamad abandonaba la fila y se adelantaba hasta que solo era un punto en la lejanía. Entonces, Mustafá tomaba el mando y cogía al primer niño

de color que tenía al alcance y lo abofeteaba con su cayado. Además, por las noches, tras montar el campamento, llamaba a otros chicos y se los llevaba a su tienda, de donde salían horas después llorosos y sudorosos, con el terror pintado en los ojos. Sin embargo, ninguno se atrevía a huir, no había cadenas que los retuviesen allí, solo tenían miedo y el miedo paraliza, hierde más que las espadas. Basim se conformaba con seguir adelante. Había comprobado lo que valía la promesa de Hamad: nada.

El viaje proseguía y al llegar a la frontera con Libia se dividieron en dos grupos. Basim iba en el de Mustafá, que se dirigió al sur de la vieja verja de metal que separaba ambos países. Cuando se aseguró de que no había nadie por los alrededores, sacó unos alicates negros de un grosor que Basim no había visto en sus ya doce años de vida y se los entregó a Sahib, un chico jordano muy moreno de catorce años, demasiado fornido para su edad y de aspecto huraño que apenas hablaba con nadie, excepto con Basim. El chico agarró sin mucha seguridad la herramienta y miró con extrañeza al traficante.

—¿Qué quiere que haga con esto?

—Que te cortes la lengua y dejes de molestarme con tu presencia. ¡Qué va a ser, sucia rata! —Mustafá levantó el puño para asestarle un golpe, pero se contuvo—. ¡Abre ahora mismo un agujero en esa valla o te juro que mi cara será lo último que veas!

El muchacho, asustado, se dio prisa en cumplir la voluntad de Mustafá y pocos minutos después un agujero del tamaño de un perro grande anexionaba los dos pedazos de desierto que la naturaleza había unido y el hombre separado.

Mientras tanto, en el mismo espacio de tiempo, pero en un lugar diferente, Hamad y los dromedarios habían logrado atravesar la aduana con los carros y el resto del campamento. Por lo que pudo Basim averiguar horas más tarde, gracias a unos pasaportes robados, unos permisos muy bien adulterados y un gran fajo de billetes que, a juzgar por las carcajadas que sonaban aquella noche en la tienda de los traficantes, creía que podrían haber sido falsos.

Cuando el sol se puso en la línea del horizonte, Basim fue llamado a la tienda de Mustafá. El chico se quedó paralizado, con la mirada perdida, no tenía muy clara la dirección a la que dirigir sus pasos hasta que vio cómo la cortina de una tienda se abría, invitán-

dolo a pasar; no obstante, no era una invitación muy acogedora, más bien parecían las fauces de una bestia a punto de devorarlo.

En el interior todo estaba oscuro, cuando de repente alguien encendió dos pequeños candiles que iluminaron con una tenue luz la habitación, revelando un interior discreto que hedía a alcohol, el cayado de madera apoyado junto a una mesilla, un camastro deshecho en un rincón y, junto a él, una botella semivacia y una vieja radio que emitía un incesante murmullo que súbitamente se detuvo. Se iluminó entonces la terrorífica cara de Mustafá y algo que hasta entonces no había vuelto a su mente desde aquel fatídico día en que perdió lo poco que le quedaba: su luna. Estaba allí, podía verla entre los pliegues de su túnica, tan cerca y a la vez tan lejos.

Basim notó que el hombre estaba bajo los efectos de la bebida e intentó salir a hurtadillas del lugar.

—¿Adónde *creef* que *vaf*, maldito muchacho? Acércate, o si no...
—Se sacó una navaja de un bolsillo y la alzó, amenazante.

El chico no tuvo más remedio que volverse, justo a tiempo para ver brillar el filo de la navaja sobre sus ojos. Una mano le tapó la boca y lo lanzó al suelo, lo inmovilizó y le rasgó la camiseta. Entonces cogió el arma y comenzó a desgarrar la espalda del muchacho, que se retorció, pataleaba, gritaba, pero la fuerza de Mustafá era mayor. Podía sentir el calor de la sangre en su costado y también un extraño líquido viscoso. Entonces el mundo comenzó a dar vueltas y de repente todo era oscuridad.

Al recuperar el conocimiento aún era noche cerrada, se encontraba tirado en el suelo, le escocía la espalda y no percibía a nadie, ningún sonido en el campamento, solo un lejano murmullo: el de las almas perdidas cuyos lastimeros gemidos trae al mundo de los vivos el viento. Intentó salir de allí, pero al moverse dio con algo duro que se movió y se dio la vuelta, quedando cara a cara con él: Mustafá, profundamente dormido, tenía la luna en el cuello; Basim, el corazón en la garganta. Y entre ellos, el cuchillo.

Era ahora o nunca, pero ¿qué se siente al matar a alguien? ¿Cómo es el arrebatarle a alguien lo más precioso que tiene?

El chico sujetó la navaja y dejó que la luz de plata de la luna que atravesaba el umbral de la tienda arrancase resplandecientes destellos a la hoja. ¿Cómo algo tan bello podía resultar tan monstruoso

en unas manos llevadas por el odio? Respiró profundamente y contó hasta tres: uno, dos y tres...

Pero no, no podía hacerlo, ¿qué lo diferenciaría entonces del vil mercader? No iba a rebajarse a su altura, respondería a la violencia con algo mucho más fuerte: el perdón. Recordó entonces las palabras de su madre cuando les entregaron el cuerpo de su padre: «Ojo por ojo, y todo el mundo quedará ciego, Basim». Así que se incorporó con dificultad y salió de la tienda sin hacer ruido.

El frío aire de la noche le revolvió el cabello, juguetón, pero Basim no sentía nada, simplemente oteaba el lejano horizonte. Sin embargo, algo había cambiado en su mirada, antaño indecisa, ahora reflejaba decisión y serenidad. Empuñaba el bastón con la diestra, la navaja sujeta a la cuerda que anudaba su traje y en su pecho descansaba una luna de cuarzo engarzada en una cuerdecilla de lino. Se dirigió en silencio junto a los dromedarios y subió a la grupa del primero tras deshacer el nudo que lo mantenía preso y salió al galope del campamento.

El astro rey se encontraba ya en su cénit cuando Basim cayó en la cuenta de que se encontraba solo en medio del desierto, sin nada que llevarse a la boca, bajo un sol de justicia y que las fuerzas no tardarían en abandonarlo, pero rendirse no es una palabra a la que el chico diera mucho uso, así que solo podía continuar. El tiempo parecía haberse detenido, la arena había dejado de caer y el estómago del muchacho empezó a reclamar un sustento que se le venía negando desde hacía mucho, cuando a lo lejos apareció una mancha de color azul: agua. Con las pocas fuerzas que les quedaban, jinete y montura se dirigieron con paso seguro hacia las cristalinas aguas, cuya milagrosa aparición les había dado un buen motivo por el que seguir adelante.

Con las primeras luces del amanecer Basim llegó a una enorme ciudad que no era con la que había soñado hacía ya mucho. Recorrió sus calles viendo enormes rascacielos que se perdían en las alturas y chabolas en las que sobrevivir un día más; personas ricas y pobremente ataviadas: dos mundos completamente opuestos. Llegó a un enorme supermercado, pero al entrar un hombre muy diferente a él lo echó del local. Entonces fue a la parte trasera y vio cómo el mismo hombre tiraba una bolsa al contenedor. Cuando se hubo marchado,

abrió el basurero y cogió la bolsa. No había visto nada igual nunca. ¡Vaya suerte la suya! ¡Cuántas delicias probó aquella mañana!

En su andar errante llegó al puerto y allí vio una barcaza llena de gente, atracada en un destartalado muelle. Se acercó.

—Acércate, muchacho, ¡rápido! Ven con nosotros si quieres, vamos a Europa. Dice Alaister que allí la situación es muy buena con los emigrantes: trabajo, comida, hogar... Si pasas rápido nadie te notará, somos muchos.

—No sé, acabo de llegar a la ciudad y...

—¡No digas tonterías! En Trípoli solo hay miseria para la gente como nosotros. ¡Vamos, apresúrate!

Basim entró en la patera justo cuando un hombre vestido de camuflaje, con un rostro conocido oculto tras unas gafas de sol, accedió al puerto y golpeó la débil embarcación que rápidamente se hizo al mar. Sin otra opción, se dejó caer en el bote y escuchó cómo el viento se llevaba los versos que alguien entonaba con voz serena:

*Más allá de la noche que me cubre,
negra como el abismo insondable,
doy gracias al dios que fuere
por mi alma inconquistable.
En las garras de las circunstancias
no he gemido ni llorado.
Sometido a los golpes del destino
mi cabeza sangra, pero está erguida.
Más allá de este lugar de ira y llantos
donde yace el horror de la sombra,
la amenaza de los años me halla,
y me hallará sin temor.
No importa cuán estrecho sea el camino,
ni cuán cargada de castigos la sentencia,
soy el amo de mi destino,
soy el capitán de mi alma.¹*

Sonrió y dejó que la corriente hiciera el resto.

¹ W. E. Henley.



PAULA

SEGUNDO PREMIO
(EX AEQUO)

VALLE SÁNCHEZ MARTÍNEZ

4º E.S.O.

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO (ÉCIJA)



EL FRÍO AÚN DURABA. LAS CALLES ESTABAN ABARROTADAS DE niños gritando. Dos niñas pequeñas se abrazaron, no se habían visto desde antes de las Navidades. Al llegar al instituto, todos corrían por las escaleras empujándose entre sí. Se peleaban por entrar primero. La sirena marcaba el comienzo de las clases.

—¡Chicos, sentaos! ¡Cuánto tiempo sin veros! ¿Os parece que dediquemos esta clase a ponernos al día sobre las vacaciones?... ¿En inglés?

Tras unos abucheos el profesor continuó.

—Está bien, está bien —rió Raúl—. ¡Pero solo por esta vez!

Entonces se abrió la puerta.

—*Can I come in, please?* —preguntó Paula obediente, como siempre que se retrasaba.

—*Of course!* Y no te preocupes, hoy estamos hablando en español.

La chica asintió y se sentó.

—¿Qué, te lo has pasado bien estas Navidades? ¿Has comido muchos polvorones? —añadió con una sonrisa. Su alumna se sonrojó y tartamudeó:

—¿Tanto se nota?

El maestro se sorprendió ante esta reacción.

—No te lo tomes tan a pecho mujer, ¡era una broma! ¿Quieres empezar tú a contar lo que has hecho en vacaciones?

—¿Podría empezar otra persona, mejor?

—Bueno, de acuerdo. ¿Algún voluntario?

Fue una clase amena para Paula, que la pasó garabateando en su cuaderno. No le importaba saber lo que sus compañeros habían hecho con sus familias. Es cierto que había compartido con ellos

muchos años, pero para ella seguían siendo completos desconocidos. Nunca se había esforzado en hacer amigos. Al fin y al cabo, ella no era más que una chica normal que dibujaba durante las clases. ¿A quién iba a interesarle alguien así?

Fue un día monótono. Hora por hora, cada profesor preguntaba a sus alumnos por las fiestas. Era como si quisieran alargar un día más las vacaciones.

La sirena sonó por última vez. Las clases habían terminado. En su vuelta a casa, Paula se puso los auriculares y el mundo se difuminó a su alrededor. Sin prestar atención a nada más que a su música, recorrió las calles que ya conocía de memoria. Una vez en su cuarto, Paula se sentó en la cama. Sacó su cuaderno y ojeó lo que había creado en clase. Había de todo: un pato que gritaba algo en japonés, personas de la mano, barcos de papel... Mientras pasaba las páginas rodeaba las ilustraciones que más le gustaban para pasarlas luego a limpio. Entonces su madre entró en la habitación y dejó un donut en la mesa. Paula la detuvo antes de que se marchara.

—¡Mira lo que he hecho en clase, mamá! —dijo mostrándole el cuaderno.

—Lo que tienes que hacer en clase es estudiar, no hacer garabatos.

—Pero hoy no hemos...

Su madre se fue antes de que pudiera terminar la frase. La chica resopló malhumorada y sacó sus rotuladores. Con gran maestría para alguien de su edad, hizo algunos trazos en un papel. Poco a poco, todos los dibujos rodeados fueron protagonistas de su propio folio. A las siete en punto, como siempre, escuchó cerrarse la puerta de su casa. Su madre se había ido. Paula devolvió el donut a la cocina. No tenía ganas de merendar.

Decidió darse una ducha. Una vez desnuda, mirándose al espejo, le vinieron a la cabeza las palabras de su profesor: «¿Has comido muchos polvorones?». Frunció el ceño y se pellizcó la barriga. Es cierto que había ganado unos kilos de más. «Debería ponerme a dieta», pensó. «Antes de que me dé cuenta será verano y, entonces, ya no habrá nada que hacer». Se enjabonaba el pelo mientras programaba su operación bikini. ¿Qué más podía hacer para perder peso? Ya había renunciado a algunas comidas, como la merienda. Lo tenía

fácil; su madre no se daba ni cuenta. Aunque cuando se ponía nerviosa no podía parar de comer. Al terminar, un sentimiento de culpa la invadía y le obligaba a correr hacia el baño... Paula se miró los nudillos. De tanto inducirse al vómito estaban llenos de cicatrices y enrojecidos. Después tendría que ponerse guantes. Los llevaba tanto que hasta podía dibujar con ellos. La práctica hace al maestro. Por supuesto, llamaban la atención, pero al menos no hacían que la gente se preocupase. Les chocaba que los llevara hasta en verano, pero en el fondo la ignoraban.

Un tintineo de llaves la sobresaltó. Había estado demasiado tiempo en el agua. Paula se secó y vistió lo más rápido que pudo, se encerró en su cuarto y fingió estudiar el primer cuaderno que pudo encontrar. Unos pasos enfurecidos se acercaban a su puerta, que se abrió de golpe.

—¿Se puede saber qué has hecho, niña?! —gritó su madre, enfurecida.

—¿Hacer qué?

—¿Acaso crees que nací ayer?! ¡Tu profesor acaba de llamarme!
¡Dice que quiere hablar conmigo de algo muy importante!

Paula sintió un escalofrío.

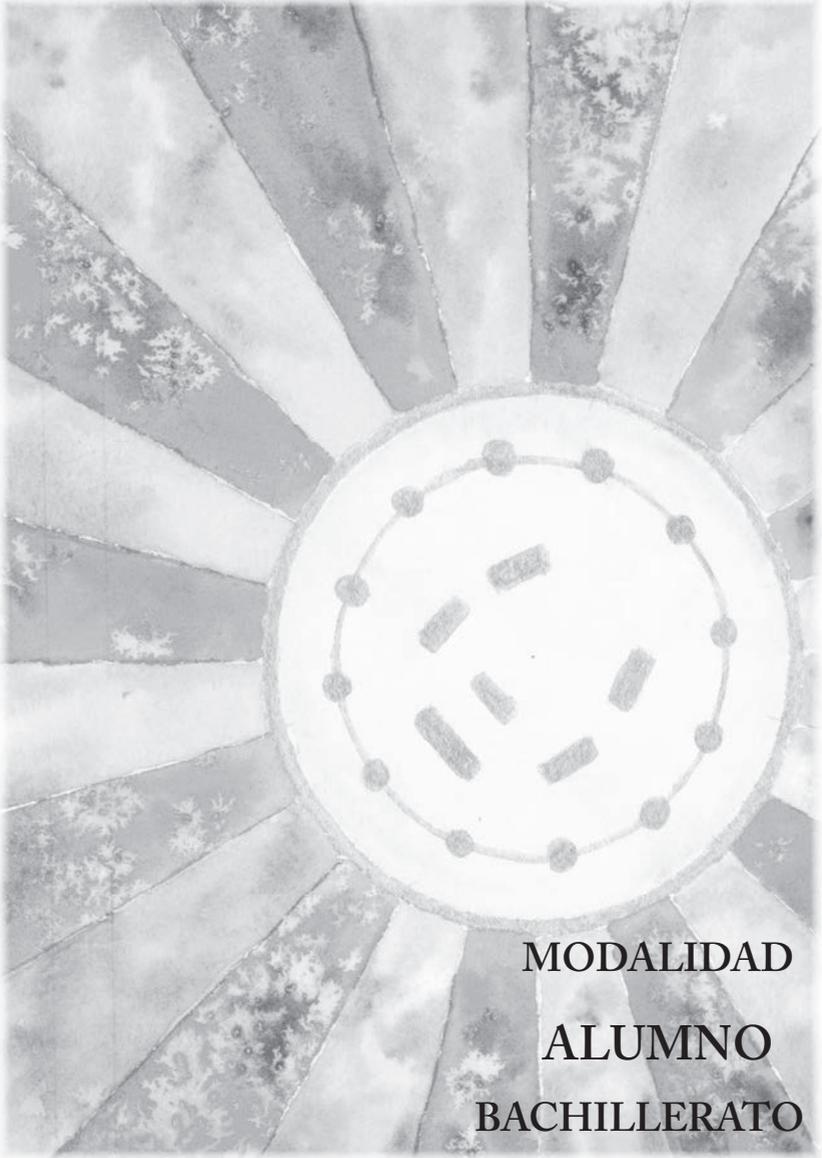
—No te preocupes, mamá... Seguro que quiere decirte que dibujó en clase. Ya sabes, la misma historia de siempre, ¿no?

—¡Aunque sea solo eso, estoy harta de ti! ¿Es que no tienes dos dedos de frente?! ¡Si sigues siendo así nunca llegarás a nada! ¡Eres como tu padre! —exclamó rasgando un dibujo de su hija por la mitad.

La niña tardó en reaccionar. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Huyó de la habitación, empujando a la mujer que había en su cuarto. Para Paula acababa de convertirse en una desconocida, como el resto del mundo. Entró en la cocina y buscó desesperadamente los donuts que anteriormente había rechazado. Los engulló uno detrás de otro. Una vez el paquete estuvo vacío, pudo volver a pensar. Aterrorizada, la niña miraba sus manos preguntándose qué acababa de hacer. Corrió a lavar los restos de chocolate de sus dedos y cara en el fregadero. Estaba mareada. Le dolía la cabeza. De pronto, sintió náuseas. Dando pasos pequeños y aferrándose a su vientre como si fuese a desprenderse, llegó al baño. Con manos

temblorosas, alcanzó su frágil rostro, que se reflejaba en el frío cristal del espejo. Empezó a llorar. La garganta le picaba. Los ácidos de su estómago la habían deteriorado hasta tal punto que le causaban un dolor constante. Solo entonces, con voz entrecortada y entre sollozos, se atrevió a pronunciar:

—¿Quién eres tú?



MODALIDAD

ALUMNO

BACHILLERATO





GÉLIDA

PRIMER PREMIO

CELIA BAENA MATEO

2º BACHILLERATO

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO (ÉCIJA)

SENTÍ UNOS OJOS SOBRE MÍ. NO LOGRABA PERCIBIR DE DÓNDE venía esa mirada que me hacía sentir fría por dentro. Brooklyn en aquellos momentos estaba bastante concurrido debido a la época del año. La luz del sol me impedía ver más allá de dos metros de distancia. A pesar de la elevada temperatura, no paraba de sentir un escalofrío que me pedía buscarte. Sabía que eran tus ojos los que me penetraban, estaba segura de ello por el sentimiento tan familiar. El olor a gasolina me asfixiaba tanto que empezaba a perder mis sentidos. Intenté seguir con la búsqueda del dueño de la mirada, pero no te veía por la acera. Yo sabía que me amabas, por eso estuviste toda mi vida persiguiéndome. Durante todo ese tiempo me había sentido observada y nunca a gusto en mí. Sin embargo, yo también te amaba, por eso siempre dejaba que lo hicieses; por eso intentaba siempre lastimarme físicamente a mí misma, porque sabía que es lo que a ti te gustaba, sabía que era lo que tú querías. Amabas verme sufrir. Al fin y al cabo eras tú el que intentaba secuestrarme. Me querías ver sin color en la piel, gélida, como tu mirada.

Sentí un gran golpe. Al abrir los ojos y encontrarme con un tubo de escape encima de mí me percaté de que había sufrido un atropello. Habías estado mirándome desde tu coche, para dirigirlo hacia mi cuerpo. La cabeza me explotaba, pero a mí no me importaba. Había logrado complacerte y eso era lo único que tenía en la mente.



Me desperté en mi habitación, desorientada. No recordaba absolutamente nada, como todos los días. Sólo recordaba tus ojos. Azul eléctrico. El olor a madera mojada fundía mis sentidos. La nieve de las afueras me ayudaba a saber cuánto tiempo había pasado sin

recordar nada y las botellas vacías sólo me hacían pensar en si tú me habías drogado o lo había hecho yo misma.

Al mirarme al espejo vi los moratones del tamaño de tus puños y sonreí al instante. Sí, tú me habías estado visitando y eso me hacía tener esperanzas en nuestra relación. Quizás intentaba convencerme a mí misma de que estabas empezando a sentir un profundo vínculo emocional conmigo, con tu víctima.

Escuché un estruendo proveniente de la planta baja. Eras tú. Lo sabía porque mis moratones empezaron a añorar a su dueño. Pisé una nota localizada en el último escalón de la escalera. En ella había escrito un mensaje en clave. No entendí por qué habías puesto que nuestra relación iba a acabar matándote, si tú eras el asesino en nuestra historia.

Salí a buscarte, pero ya te habías ido, así que pensé en todos los lugares posibles en los que podrías haber estado maquinando tu próxima visita. No dejaste huellas en la nieve de la entrada. Bajé al sótano para ver si te encontrabas allí, pero resultó errónea mi teoría. Sólo encontré una pluma blanca en medio de todo el espacio vacío.

Necesitaba verte. Todos los muros me gritaban que habías estado ahí, en mi hogar. Te echaba tanto de menos que no podía aguantar más todos los instrumentos que sonaban en mi cabeza, tocando una triste melodía que me pedía en cada nota que me suicidara. Pero no podía hacer eso, mi obligación era permanecer contigo para ponerle un final a nuestro comienzo. Noté una cámara en la esquina de la cocina. Se movía al mismo compás que mi cuerpo. No pude más que sospechar que la habías colocado tú y mis demonios me gritaban que te mostrase algo. Intenté susurrarles para que se calmasen, pero me quemé la lengua. Los cuchillos me aguardaban en el tercer cajón de la quinta estantería empezando por mi izquierda. Sus hojas eran más finas que las pestañas que rodeaban tus ojos. Cogí tres de distinto tamaño, quería crear una obra de arte con todo detalle, pero desgraciadamente sólo disponía de pintura roja. Tu nombre resonaba por las paredes y rebotaba en mi alma, así que fue lo único que pude escribir en mi lienzo. Intenté borrarlo todo con alcohol para ver si podía alejarte de mí, pero ya corrías por mis venas.

Miré hacia la cámara de nuevo y te sonreí. Lo único que me devolviste fue tu nombre en mi cabeza.



Me desperté sin poder mover ni un solo músculo. Estabas enfrente de mí con una pistola en tu mano derecha, la cual se dirigía hacia tu sien. No parabas de gritarme que te hacía daño, que preferías suicidarte para así causarme placer en vez de matarte yo a ti. No podía imaginarme un mundo sin ver tus ojos abiertos, así que cerré los míos. Logré mover el dedo pulgar de mi mano izquierda, acariciando la sábana. Abrí los ojos, pero ya no estabas, sólo veía tu sombra.

De nuevo, no recordaba nada. Sólo tu mirada. Leí mi diario, el cual reposaba sus secretos en mi mesita de noche, justo al lado de tu corazón. Ojeé la página perteneciente a un once de marzo, cuando mi edad sólo rozaba los trece. Escribí en aquel entonces que me tenía que recordar a mí misma que debía encontrar mi cordura en la locura de los que me rodeaban, pero ellos no estaban locos, lo estaba yo, por ti.

Me encontré en la cocina una nota tuya en la que me pedías que me desahogase, pero no podía. Ya había muerto ahogada. Tu sombra se dirigía hacia el jardín. Salí contigo como guía y me encontré con la muerte flotando en la piscina. Susurraba mi nombre, pero lo pronunciaba como el tuyo. Miré a la muerte con mis propios ojos. Tenían un tono ámbar rojizo, como las llamas del inframundo, incitándome a tocar sus pupilas. Lo que ella no sabía era que mi alma ya le pertenecía. La muerte no sabía que yo era el mismísimo infierno y tú eras mi Cancerbero. No dejabas que entrara vida en mí, pero tampoco dejabas que mi óbito saliera.



Me desperté bajo un árbol. No sabía dónde estaba, no me era familiar el sitio en el que me encontraba. Rodeé el árbol y te vi echado en un montón de hojas recogidas en el suelo. Caminé hacia ti, pero ya te encontrabas a mi lado. Me sugeriste ir hacia un bosque que se encontraba a nuestra derecha y yo acepté tu propuesta.

Cogiste una piedra y te la tiraste contra tu cabeza. Me miraste con orgullo mientras la sangre que recorría el puente de tu nariz hacía contraste con tus ojos. Sólo pude encontrar dolor en el gesto que hiciste, y yo era adicta a esa droga. Al no hacerme sufrir sentía que estaba cometiendo perfidia, así que te complací también. Empecé a arrancarme con fuerza mechones de pelo mientras te miraba a los ojos. Te gustaba lo que hacía y a mí me gustaba que te gustase. Estábamos de nuevo en mi cocina, todo se sentía familiar cuando me matabas.

Empezaste a dirigirte hacia la salida, yo cogí un tenedor y salí detrás de ti. La puerta de mi casa hacía de acantilado, lo único que había bajo los cimientos de mi hogar era oscuridad. Era como si mi cuerpo se hubiese vuelto inmaterial. Debajo de mi piel sólo había vacío, mi alma sólo brillaba cuando caía algo dentro. Me tentaste y yo me clavé el tenedor en el brazo. Tú caíste al vacío al mirarme.



Me desperté en mi habitación, muerta de frío, por el sonido del timbre. No quería abrir, pero algo me decía que eras tú. Encontré tu mirada al divisarte por la mirilla y te dejé pasar. Fuiste directo hacia la cocina y pusiste a hervir agua en una olla. Me senté en la encimera mirándote. Una vez el agua empezó a borboritar, cogiste la olla y te tiraste por encima todo el líquido de su interior. Las quemaduras se hacían notorias en tu piel con cada segundo. No deberías haberte acercado a mí. Yo era un infierno.

Me aproximé a la vitrocerámica. Puse mi cara sobre la zona donde estuvo la olla y, mirándote el alma, la apoyé completamente. Me observaste como nunca, y eso hizo que me quemara más.



Me desperté de nuevo. No quería despertarme más. Ya no sabía si me hería a mí misma para verte feliz o si lo hacía para que no pensaras en matarme. Ya no sabía si quería morir helada por tu mirada. No estaba preparada para dejar atrás mis llamas.

Te encontré en el espejo y estuve a punto de decírtelo, pero te vi más desesperado que nunca y decidí no acabar con esto tan pronto. Estabas en mí, no podía dejarte.

Cogí el bote de lejía que estaba en la esquina del cuarto de baño. Llené el tapón y brindé por ti. Apartaste la mirada, decepcionado. Te pregunté qué pasaba por tu mente, pero sólo me miraste con tristeza, como si hubieses escuchado mis ideas, como si hubieses leído todo aquello que te escribí. Parecía que tu reflejo se iba desvaneciendo así que empecé a llenar la bañera. Te miraba fijamente mientras el sonido del agua corriendo por el grifo despertaba tu intriga sobre mi próximo movimiento. Sentía cómo la toxicidad del líquido que había ingerido desintegraba mis órganos.

Me miraste por fin, pero sólo fue para exigirme que me dirigiese a la bañera. Vi que estaba suficientemente llena, así que me hundí en tus lágrimas. Me sentía bien. La presión silenciaba tu voz y el susurro de mis serpientes. Sólo escuchaba mi voz, y ella era la que me pedía que me alejase de ti, que me quedase ahí por mucho tiempo para no tener que admirarte más.



Me desperté azorada. Te vi bajo mi cama y me arrastraste a tu escondite. Empezaste a estrangularme con el collar con tu sangre como dije. Me pareció poco propio de ti el querer matarme en vez de verme morir, pero dejé que lo hicieses. Supuse que lo hacías para olvidarme. Siempre había sido yo la que te tenía miedo. Temía que acabaras conmigo. Pero en aquel momento demostraste que eras tú el que estaba asustado. La soledad desapareció cuando me encontré a mí misma y en ese instante eras tú el que te sentías solo. Te dejé en la oscuridad de mis pesadillas. Yo había estado siendo mi asesina todo ese tiempo, tú sólo existías para justificar mis pavores.

Tus ojos estaban más oscuros que de costumbre. No eras real. Me estaba estrangulando un producto de mi mente. Afortunadamente, escuché tu voz pronunciando mi nombre y me alejé de ese holograma. Te encontré buscándome. Miraste mi cuello y te enfadaste porque lo había hecho sin ti, sin que tú disfrutases de mi dolor. A

causa del enfado, salió tu asesino interior, sacaste tu verdadero ser. Me hacías daño. El Cancerbero estaba clavando sus colmillos en mí, en la intrusa que estaba acabando con nuestra relación. Pero yo no podía defenderme, no era capaz de hacerte daño. Tú eras el asesino, yo la víctima.



Me despertaste con tu oscuridad. Traías una pistola en el cinturón y venías con la palabra «perdón» en la lengua. No recordaba qué hiciste. No recordaba nada, como siempre. Dijiste que traías esa pistola para suicidarnos juntos. Yo fui a buscar un cuchillo a la cocina para cortarnos las venas mientras nos cantábamos el uno al otro.

Subí y te encontré sentado mirando hacia la ventana. Olía a madera quemada en la habitación. Habías creado un incendio y era precioso. Nos sentamos en la cama y empezamos a jugar con el cuchillo mientras mirabas las llamas. Yo veía las llamas en tu pupila. Pronuncié en voz alta lo que me había callado, te dije que teníamos que parar todo ese caos. Me miraste con odio. Te levantaste y empezaste a prender fuego a todos los muebles que viste, entre ellos la cama en la que me encontraba. No me quemaba, estaba acostumbrada a convivir con Hades. Sacaste tu asesino interior y sentía como si ese comportamiento ya lo hubiese sentido en ti. Bailaste con las llamas para llegar hacia mí. La ceniza de tu cigarrillo eran mis restos calcinados esperando a ser convertidos en diamante.

Estabas enfrente de mí. Tus ojos eran morados debido a la mezcla del rojo fuego y del azul océano de tu mirada. Yo seguía sentada mientras me mirabas desde arriba. Me sonreíste. Pensabas que ibas a ganar, y yo también lo hacía. Tú eras el asesino, yo la víctima. Desempuñaste tu arma y pusiste tu dedo sobre el gatillo. Te inclinaste para tenerme más cerca, quedándote encima de mí, atrapándome en las llamas. Moviste la pistola hacia mi mandíbula, obligándome a alzar la cabeza.

Clavé el cuchillo en tu torso. Te retiré hacia un lado. Seguías mirándome a los ojos. Tu iris volvía lentamente a su color original, extinguiendo así el fuego de mi hogar. Cogí la pistola de tu mano y

me la llevé a la cabeza mientras observabas todos mis movimientos. Las sábanas eran completamente rojas por aquel entonces. Tú eras el asesino, yo la víctima.

Exhalaste por última vez y solté al fin la pistola. Cogí la lista que guardaba en mi diario y taché tu nombre. Moje mis labios en tu sangre y le di un beso al renglón en el que se encontraba tu nombre tachado. *Eros*. Tu mirada era gélida, y después de tu muerte lo era más.

El fuego derritió al hielo, pero el agua resultante apagó el infierno.

Tú eras el asesino, yo la víctima.

Hasta pronto, número 317.



SOLO

SEGUNDO PREMIO

RAQUEL GARCÍA CASTRO

2º BACHILLERATO

I.E.S. NICOLÁS COPÉRNICO (ÉCIJA)



AL ABRIR LOS OJOS INTENTÉ ENFOCAR EN LA OSCURIDAD, UNA oscuridad fría y escalofriante que me recorría el cuerpo y evitaba que pudiese articular alguna de mis extremidades, a pesar de que lo intentaba sin descanso. De pronto, sentí una gran punzada en el cerebro, un intenso dolor de cabeza que no me dejaba pensar con claridad y recordar bien dónde me encontraba. El ambiente estaba enrarecido, algo en mi interior me decía que no había pasado nada bueno y que corría peligro.

Pocos minutos después, dando tiempo a que la sangre volviese a recorrerme el cerebro, me alerté de que me encontraba en el interior del coche de mis padres, más concretamente en el asiento del copiloto. Una vez pude reincorporarme salí del coche y a partir de ahí pude verlo todo con claridad. Habíamos sufrido un accidente y en estos momentos me encontraba frente al arcén de una carretera en medio de la nada. La única luz de que disponía procedía de uno de los focos del coche, que por fortuna no se encontraba del todo roto. En cuanto pude reaccionar, lo primero que hice fue ir a auxiliar a mis padres, que seguramente aún se encontrasen dentro del coche, heridos, y si por suerte este no era el caso, debía sacarlos de allí y protegerlos ante una eminente explosión del depósito de la gasolina. Pero cuando me dispuse a mirar tras las ventanillas rotas me alarmé al no ver a ninguno de los dos. Lo más extraño de todo era que no había rastros de sangre ni ninguna marca o señal que manifestase que habían estado allí. «Es probable que hayan ido a buscar ayuda», fue lo primero en lo que pensé, pero de ser así, ¿por qué habrían de dejarme allí solo?

Traté de localizar mi teléfono, y para ello me dispuse a mirar cerca del arcén de la carretera, no muy lejos de donde se encontraba el coche siniestrado. Sin embargo, no logré encontrarlo, pues

la oscuridad de la noche me impedía ver apenas nada. Me pare a pensar qué podía hacer ante esta situación y llegué a la conclusión de que solo había dos opciones: esperar a que llegase ayuda o tratar de ir a buscarla por mí mismo. Tras cinco tensos minutos pensando cual sería la opción más acertada, me deje llevar por mi instinto y mis conocimientos de cinéfilo y decidí tomar la primera de las opciones. En las películas de terror, el protagonista suele optar por caminar e ir en busca de ayuda y su final nunca suele ser el más deseado.

Una vez tomada la decisión, me alejé del vehículo para protegerme, en caso de que este explotase. Me senté frente al arcén, junto a un árbol, a esperar de que mis padres apareciesen con ayuda o que con suerte alguien pasase por aquel inhóspito lugar y pudiese parar a ayudarme. De repente, oí un motor a lo lejos. Me alegré mucho, confiando en que no tendría que esperar mucho más a la intemperie.

Me situé en medio de la carretera con la intención de hacer señales y parar al vehículo que se acercaba. El coche cada vez se encontraba más cerca, pero no reducía la velocidad. Parecía no verme y cada vez estaba más cerca, sus focos me cegaron. Me asusté y salí corriendo en dirección contraria. Las pulsaciones a cien y la falta de aire no me dejaban pensar con claridad. Corría y corría, velando por mi vida, pero noté el calor del coche. ¿Por qué me hace esto?

Sin otra elección, salté a uno de los lados de la carretera y caí en una zanja. Clavé los dedos en la tierra y me arrastré con la intención de esconderme entre los árboles. Boca arriba, sobre la hierba, traté de coger aire y relajarme. El corazón se me salía del pecho. La punzada en mi cerebro seguía estando ahí y ahora también sentía dolor y magulladuras por todo el cuerpo. Paré un segundo para escuchar, para asegurarme de que el coche ya había pasado de largo y me encontré con un silencio apacible, pero a la misma vez inquietante que me hacía pensar que aún no estaba del todo seguro.

Mi calma se turbó en el momento en el que oí cómo dos puertas se cerraban. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y no tuve otra opción que meterme de lleno en aquel siniestro bosque y huir, a pesar de que solo contaba con la luz de la luna para mostrarme el camino. Al echar la vista atrás me pareció ver un par de sombras entre árboles, lo que hizo que me pusiera aún más nervioso. No sabía a ciencia cierta si alguien me perseguía, pero de lo que sí estaba seguro era de que

no estaba solo. Comencé a escuchar murmullos y pensé que podría tratarse de unas hojas secas movidas por el viento, aunque pronto descubrí que eran voces. Se oían cada vez más cerca de mí.

Corrí sin rumbo ni destino por aquel bosque mientras pensaba quiénes eran aquellos que me seguían y a cuento de qué trataron de atropellarme. De repente, alguien gritó:

—¡Eh, espera!

De nuevo mi corazón se puso a cien. Una caída fue lo próximo que oí y un grito estremecedor de dolor. Alguien se había hecho daño. El individuo que había sufrido la caída comenzó a llamarme, más bien a suplicarme que por favor le ayudase.

Acabó planteándose en mí otra gran duda: ¿parar para ayudar a aquel desconocido o seguir huyendo a través del bosque hasta encontrar un lugar seguro? «No puedes dejarlo ahí, está herido», me dictaba el corazón. Pero mi cerebro me decía que huyese a toda prisa. Seguramente era una trampa.

Al cabo, arriesgándome, volví tras mis pasos en busca de aquel hombre y logré encontrarlo. Más bien, él me encontró a mí y se aferró a mi tobillo como si se tratase de un cepo. Trate de ayudarlo a levantarse, pero no podía. Se le veía un hueso a través del pantalón. Sin perder tiempo, apoyé su brazo sobre mi hombro y salimos huyendo. Al poco tuve que parar. Pesaba demasiado y lo recosté contra un árbol.

—¡Gracias por salvarme, esos psicópatas me hubieran matado —dijo el hombre—

—¿Quiénes son? —pregunté—. ¿Qué quieren?

—¡Están locos! Los recogí haciendo autostop, me atacaron y me dejaron atado en el asiento trasero del coche —respondió.

Por un momento la luz de la luna hizo que se le iluminase el rostro, pálido, alargado, con los rasgos marcados. Era pelirrojo. Pero lo que más me llamó la atención fue su voz. Había creído que se trataba de un hombre y no era más que un muchacho, quizá unos años mayor que yo.

—Me llevaban a algún lado, cuando se cruzaron contigo —continuó—. Pararon a buscarte y logré desatarme y escapé corriendo, pero caí. Nos están buscando, tenemos que volver al coche antes que ellos. Es la única forma de huir —dijo.

Levanté la vista y los faros del coche eran dos pequeños puntos de luz a lo lejos. No sabía si fiarme de aquel extraño, ya que volver era lo más arriesgado, pero tenía razón: era la única opción que tenía de escapar y salvar a mis padres, si es que aún seguían ahí fuera. Respiré hondo y sin apenas fuerzas me puse en pie y volví a cargar con el chico pelirrojo. Nos arrastramos a través del bosque, intentado hacer el mínimo ruido. Mi mirada se centró en los faros. Se hicieron cada vez más luminosos, hasta casi cegarme.

Finalmente llegamos al coche y por un momento me sentí aliviado. No había nadie allí. Como pude, dejé al chico sobre el capó mientras yo intentaba arrancar el coche. Eché un vistazo rápido al interior y me alertó que en el asiento trasero hubiera una chica maniatada y magullada. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. La chica trataba de decirme algo, pero tenía la boca embozada. Le quité el trapo.

—¿Pero qué haces? —gritó el chico pelirrojo en plena crisis de rabia. Ahora su rostro había cambiado, a la luz de los faros su pelo se volvió de un rojo intenso como el fuego, sus ojos estaban muy abiertos, inyectados en sangre y la gran mueca de su rostro, entre furia y risa, resultaba aterradora. Un grito espeluznante de la chica me hizo pisar el acelerador y el chico salió despedido del coche.

No sabía qué hacer, ni hacia dónde ir. Tampoco sabía dónde me encontraba. Aquella chica no decía nada, parecía que estuviese sólo ante el peligro. Tras unos kilómetros, el coche empezó a quedarse sin combustible, hasta que finalmente se paró.

¿Debíamos quedarnos en el coche a la espera de que alguien llegase o continuar huyendo con la esperanza de que esos psicópatas no nos alcanzasen? Llegué a la conclusión de que la mejor opción era continuar caminando hasta encontrar un lugar desde donde contactar con alguien.

—¡Tenemos que salir de aquí —dije—, ¡vamos!

La chica no me dirigía palabra, simplemente se limitó a seguirme, aunque a unos metros de distancia. Me miraba pálida y callada, su aspecto reflejaba miedo, miedo hacia mí. Varias veces fueron las que intenté que se acercase a mí, pero fue en vano.

Después de horas y horas caminando, cuando pensaba que todo estaba perdido, una luz brilló a lo lejos en el camino. No sabía si era

mi salvación, o el comienzo de algo peor, pero avanzamos con la esperanza de hallar el fin de aquella pesadilla.

Cuando llegamos, parecía el típico bar de carretera donde los moteros sin familia pasan las noches de sábado. Entramos.

—Perdone, ¿hay algún sitio desde donde pueda hacer una llamada?» —pregunté.

—Allá al fondo, junto a la máquina expendedora —respondió el barman.

De pronto caí en la cuenta de que no llevaba dinero encima. Me giré para preguntarle a la chica si disponía de unos centavos, pero no estaba. Al principio pensé que había ido al baño, que estaba exhausta de la caminata, pero pasaba el tiempo y no aparecía. Le pregunté al camarero si la había visto, pero ni rastro de ella. Seguí mirando a mi alrededor y me quedé sin aliento al ver mi rostro en un cartel donde ponía: «Se busca por asesinato».

«¡Debe ser un error!», pensé alterado. Pero era demasiado tarde. El barman había alertado a la policía desde que entré por aquel tugurio. De pronto el establecimiento se llenó de luces rojas y azules procedentes del exterior.

—¡Finn Lensen, salga con las manos en alto! ¡Repito, salga con las manos en alto!

«¿A qué venía aquello?», me preguntaba. «Tenía que ser un error, yo no he hecho nada», me repetía sin censar. En plena crisis de pánico, salí corriendo de aquel lugar, de manera estúpida, pues cuando quise darme cuenta estaba en el suelo inmovilizado por dos agentes.

—¡Finn Lensen, queda detenido por intento de asesinato! —gritó uno de ellos.

—¿Qué dicen? —exclamé—. ¡Yo no he hecho nada y mucho menos he matado a nadie!

—Tiene derecho a guardar silencio. Todo lo que diga puede ser utilizado en su contra... —empezó a recitar el jefe al mando.



Una semana después, el juicio por el cual me encontraba imputado tuvo lugar. Aún no entendía nada. Minutos antes de comenzar el juicio, la defensa y mi denunciante hicieron presencia en la sala. No podía creerlo: era aquella chica, la desaparecida en el bar de copas, la maniatada en el coche de aquellos psicópatas. ¿Qué estaba pasando?

—Llamo a la señora Arlet Burlem al estrado —dijo el juez. Realmente me encontraba desconcertado. Aquella chica seguía tan pálida y temerosa como la noche en que le perdí el rastro. —Dígame, señorita Burlem, ¿qué ocurrió la noche del veintinueve de abril? Por favor, no tenga miedo. El señor Lensen está bajo control policial.

«¿Qué? ¿Por qué aquel chico había de tenerme miedo?».

—Todo comenzó en aquella fiesta, la que daba mi marido. Cumplía treinta y siete años y decidimos celebrar una pequeña reunión con nuestros amigos y familiares. En medio de la fiesta, Finn me invitó a salir fuera para tomar el aire y conversar un rato. Me ofreció una copa y yo, ilusa, me la bebí. Cuando desperté me encontraba maniatada en el asiento trasero del coche de mi marido. Finn me dijo que no me preocupase, que nos marcharíamos juntos, que nuestro amor por fin sería posible. ¡Yo tuve la culpa! ¡Yo y solo yo! —La chica comenzó a llorar desesperadamente. Yo no podía creer lo que oía. ¿Por qué me estaba culpando? ¿Nos conocíamos?

—Prosiga, señorita Burlem. ¿Por qué se culpa?

—Desde el primer momento en que nos conocimos hubo cierta complicidad entre Finn y yo. Conocía todos mis gustos y rápidamente surgió una buena amistad. Nunca pensé que llegaría a más, de hecho sabía que no sería así porque lo único que sentía por Finn era afecto y amistad. Sin embargo, él comenzó a buscar algo más que amistad. Yo le aclaré los límites de nuestra relación y le pedí que mantuviese las distancias, algo difícil, al tratarse del hermano de mi marido...

—Señorita Burlem, mantenga la calma, necesito que me relate lo ocurrido aquella noche, cuando la ató y amordazó en el coche —prosiguió el juez.

—Cuando mi marido se percató de mi desaparición y de la de su hermano, no dudó en llamar a la policía y en salir a buscarme. Sabía que su hermano estaba detrás de todo esto, ya que lo había

puesto al corriente de su comportamiento conmigo y sospechaba que Finn había dejado la medicación. Nos localizó un día después en una de las carreteras secundarias en los límites del condado. Finn abandonó el vehículo por unos instantes en busca de uno nuevo para que la policía no pudiera rastrear nuestra matrícula. En ese momento, mi marido intentó desatarme, pero Finn regresó y atacó a mi marido por la espalda. Forcejearon y este asesino ¡lo mató! ¡Lo asfixió! ¡Acabó con la vida de su hermano! —De nuevo sus lágrimas inundaron la sala.

—Con esto es suficiente. Viendo las pruebas alegadas contra el acusado, los testimonios de los testigos y el resultado del análisis forense, declaro al Finn Lensen culpable del asesinato de Richard Lensen —decretó el juez.

No tengo palabras para describir cómo me sentí en aquel juicio. El dolor y la impotencia al no ser consciente de la atrocidad que había cometido contra mi propio hermano hizo que quisiese quitarme la vida.

Con los años, la medicación y la terapia pude comprender lo que ocurrió aquella noche. Según mi terapeuta, aquella realidad que en mí se creó fue fruto de un trauma infantil. Mi madre sufría maltrato a manos de mi padre. Nunca fue un hombre cariñoso y era un celoso compulsivo. Mi madre, por miedo y velando por nuestra seguridad, decidió que debíamos huir al sur, a casa de una vieja amiga suya. Mi padre sospechó de sus intenciones y decidió manipular los frenos del coche, aun sabiendo que Richard y yo íbamos en él. Aquel hombre sin corazón le arrebató la vida a la mujer a la que yo más amaba, y aquella imagen trágica y fría de ella sobre el asiento del piloto hizo que mi mente se aislase en aquel recuerdo.

El parecido de Arlet Burlem con mi madre hizo que mi mente la viese como tal. Mi deseo de terminar el viaje de huida junto a ella desarrolló en mí una obsesión enfermiza, que se agravó al dejar de medicarme. Gracias a mi psicóloga pude asimilar poco a poco aquella fatídica noche en que el amor desmesurado de un niño hacia su madre me convirtió en el asesinato de mi propio hermano.







ÍNDICE

PRESENTACIÓN

ROCAS DE SAL 7

(Juan Jesús Aguilar Osuna)

AGRADECIMIENTOS 10

MODALIDAD INTERNACIONAL

JUAN LUIS RINCÓN ARES - El Puerto de Santa María (Cádiz)

¿*VULEVÚ...?* (PRIMER PREMIO) 13

ERNESTO TUBÍA LANDERAS - Haro (La Rioja)

EL ÚLTIMO CASO DEL INSPECTOR SOLOZÁBAL 23

(SEGUNDO PREMIO)

INTERLUDIO

JUAN JESÚS AGUILAR OSUNA

TOV V'RA 38

MODALIDAD ALUMNO

1º Y 2º E.S.O.

POR NUESTRO BIEN 43

DAVID CEJUDO SÁNCHEZ

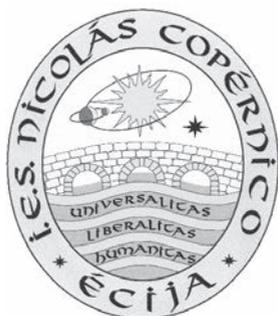
(2º E.S.O. — I.E.S. Nicolás Copérnico, Écija)

UNA NUEVA ERA 53

LORENA DEL CARMEN REQUENA PONCE

(1º E.S.O. — I.E.S. Nicolás Copérnico, Écija)

3º Y 4º E.S.O.	
<i>HUMANAS</i>	65
AIDA FERNÁNDEZ ROT (4º E.S.O. — I.E.S. Nicolás Copérnico, Écija)	
<i>ENTRE LA ARENA Y EL MAR</i>	75
PEDRO AGUILERA SÁNCHEZ (4º E.S.O. — EE.PP. Sagrada Familia, Écija)	
<i>PAULA</i>	87
VALLE SÁNCHEZ MARTÍNEZ (4º E.S.O. — I.E.S. Nicolás Copérnico, Écija)	
BACHILLERATO	
<i>GÉLIDA</i>	95
CELIA BAENA MATEO (2º Bachillerato — I.E.S. Nicolás Copérnico, Écija)	
<i>SOLO</i>	103
RAQUEL GARCÍA CASTRO (2º Bachillerato — I.E.S. Nicolás Copérnico, Écija)	



SERRANO

Rafael Serrano Zurita



**LIBRERÍA-PAPELERÍA-JUGUETERÍA
COPISTERÍA-IMPRESIÓN RÁPIDA**

MIGUEL DE CERVANTES 7

955 902 723

DAVIDSERRANOCRESPO@GMAIL.COM

